





LA SERRANA

DE

LAS NAVAS.

Drama en tres actos y en verso original

DE D. RAFAEL DEL CASTILLO.



BARCELONA.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE NARCISO RAMIREZ,  
pasaje de Escudillers, n.º 4.

1865.

PERSONAJES.

LUISA.

CLARA.

JUANA.

FERNANDO.

EL CONDE.

PEDRO.

ANTON PEREZ.

Un rey de armas, escuderos, alguaciles y soldados.

---

La accion pasa en el siglo XVI.

El primero y tercer acto pasan en las Navas del Rey, en casa de Anton Perez.

El segundo en el castillo del Conde de Arcos, á la falda del Guadarrama.

---

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones de Ultramar.

El autor se reserva asimismo el derecho de traduccion, de impresion y de representacion en el extranjero, segun los tratados vigentes.

Queda hecho el depósito que exige la ley.

Los corresponsales de DON FRANCISCO RUBIO, dueño de la Administracion general de obras dramáticas y líricas, son los encargados exclusivos de su venta y del cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

---

---

# ACTO PRIMERO.



Interior de una habitacion de campo. Puerta al fondo que da al campo y dos laterales. En tercer término se abre una escalera que da á un corredor donde hay dos puertas. En la escena se ven esparcidos algunos instrumentos de agricultura. Sillas rústicas. Pendiente del techo un farol. Es de noche.

## ESCENA I.

*El CONDE y PEDRO.*

*(Al levantarse el telon entran por el foro sacudiéndose la lluvia. Pedro con precaucion y mirando á todas partes.)*

- CONDE. ¿Estás cierto que es aquí?  
PEDRO. Estóylo mucho; muy cierto.  
CONDE. Nadie por aquí se halla.  
PEDRO. Estarán por allá dentro;  
como la noche está mala,  
é además llovizna hielo,  
las gentes de aquesta casa  
se ayuntarán junto al fuego.  
¡Ay qué dichosos que son!  
nosotros por esos cerros  
vamos en busca de un mozo  
catando, mas non le viendo;  
si aquesta luz non catamos,  
contra un árbol nos rompemos  
la cabeza.
- CONDE. ¿Acabarás?  
¡te vuelve pesado el miedo!  
PEDRO. ¡Ay! ¡Señor conde, si tal;  
miedo tuve, lo confieso;

- al verme entre esos barrancos...  
CONDE. ¡ Cobarde !  
PEDRO. Si para héroe  
yo non pedí el previllegio.  
Quiero la mi vida en mucho;  
si tuviera otro pellejo  
non dudara en esponer  
el mio, por aquesos breños:  
vos habeis sido soldado;  
yo non fui mas que labriego;  
mi natural es pacífico,  
el vueso, señor, guerrero;  
vos jugásteis con la vida;  
yo con la vida non juego,  
que al jugar con tales cosas,  
es fácil perder el cuero.
- CONDE. ¡ Eh ! déjame de sandeces:  
llama por ahí.
- PEDRO. Obedezco.  
(¡Llamar sandeces á cosas  
en que se pierde el pellejo!...)  
¡Ha de casa! Non responden. (Al Conde.)
- CONDE. Entra.
- PEDRO. ¡Señor! non me atrevo.  
Aqueso está muy escuro,  
é fácil es que algun perro,  
oculto en esos lugares  
con non muy sanos intentos,  
tenga con las mis nalgas  
un banquete succulento.
- CONDE. Pedro, yo quiero que llames:  
¿no lo has escuchado?
- PEDRO. Pero.....
- CONDE. ¿Obedecerás, cobarde?
- PEDRO. Ved, señor Conde.....
- CONDE. Silencio,  
y llama á esa puerta.
- PEDRO. (Está visto;  
quiere que aquí deje el cuero.)  
(Golpea en la puerta de la derecha.)  
¡ Ha de casa ! ¡ Ave María !  
(Dentro.) ¿Qué se ofrece?
- LUISA. ¿Respondieron?
- CONDE. Preguntaron.
- PEDRO. (Dentro.) ¿Qué buscais?
- LUISA. Vamos, contesta.
- CONDE. Contesto.
- PEDRO. Salid acá y lo sabreis.
- LUISA. Voy en seguida.

PEDRO. (Me alegro;  
así podré respirar.)

ESCENA II.

DICHOS y LUISA.

LUISA. Dios os guarde, caballeros.

CONDE. Dios guarde á la serranica.

LUISA. ¿Qué se os ofrece?

PEDRO. Nos hemos  
perdido entre esos barrancos,  
tras tropezones sin cuento;  
temblamos ambos de frio,  
calados hasta los huesos,  
y con un hambre.....

CONDE. En resúmen  
quiero cena, cama y fuego:  
se pagará con usura.

Toma. (*Le tira un bolsillo. Luisa le recoge con  
indignacion y se lo devuelve diciendo.*)

LUISA. El bolsillo os devuelvo.

En la casa de Anton Perez  
se da cena, hogar é lecho  
al viajero extraviado;  
mas non se pide dinero.  
Si vos querédes pagarlo,  
cabe este bosque está el pueblo,  
dó hallarédes cien mesones.

PEDRO. (¡Vaya un discurso que ha fecho!)

CONDE. Tú no sabes con quién hablas.

LUISA. Nin acuciáme el saberlo.

CONDE. Soy el conde.....

LUISA. En esta casa,  
homilde como sus dueños,  
non se ha demandado el nombre  
al que está bajo su techo.

CONDE. ¡Es altiva la villana!

LUISA. E orgulloso el caballero.

CONDE. ¡Vive Dios!... (Tengamos calma,  
no eche á perder mi proyecto.)

Es verdad, tienes razon;  
estuve un poco altanero.

Di á tu padre que pedimos  
cama y algun refrigerio,  
y de su hospitalidad  
no se borrará el recuerdo.

LUISA. Fablárais de esa manera  
é vos comprendiera presto.

- Para serviros estamos;  
ordenad, vos obedezco.
- CONDE. Gracias, mi bella serrana,  
PEDRO. (¡Suave el amo se ha puestol...  
De fijo que está pensando  
en algo que non es bueno.)
- LUISA. Pasad, pasad si vos place,  
é calentaros al fuego,  
mientras vos preparo cena,  
é adereszan vuestro lecho.
- CONDE. Puedes guiar. (á Pedro.)  
Cuida tú  
si ves á Fernando.
- PEDRO. Entiendo.  
(Maldito si sé qué faga  
en medio de aqueste enredo.)  
(Vánse los tres por la puerta de la derecha.)

### ESCENA III.

CLARA y JUANA aparecen en el corredor y bajan la escalera.

- JUANA. Vamos, vamos. ¡Qué martirio!  
No esteis así; me da pena  
ver un rostro de azucena,  
con el morado del lirio.  
¿Qué adelantais con llorar?  
¿A qué tanto padecer?  
¿Va á tornaros el placer  
tanto sufrir y penar?  
Vos amais á un caballero,  
mas vuestro tutor ufano  
quiere que deis vuestra mano  
al tonto de su heredero.  
Si aquesta union no os agrada,  
ampararos con la ley;  
dad vuestras quejas al rey,  
ó casaros resignada.  
El que amais, vos no sabeis  
quién es, ni cómo se llama;  
galan que tan pronto inflama,  
muy pronto lo olvidareis.
- CLARA. Calla, Juana; no conoces  
la fuerza de mi cariño.
- JUANA. Si el amor lo pintan niño,  
pronto le asustan las voces;  
y lo que es vuestro tutor,  
grita como un condenado;  
al conocer vuestro estado,



encendido de furor,  
os dará voces sin tasa,  
vuestro amor asustará,  
y por fin, conseguirá  
echarlo de vuestra casa.

CLARA. Amor que con tal firmeza  
en nuestro pecho se anida,  
al querer cortar su vida,  
adquiere mayor firmeza.  
El galán á quien yo adoro  
vile tan solo una vez,  
y desde entonces, pardiez,  
su imágen es mi tesoro.  
Dos palabras pronunció;  
arrojóme una mirada:  
y el alma quedó abrasada  
en el fuego que encendió.  
De entonces triste suspiro,  
y en la iglesia, en mi aposento,  
tan solo escucho su acento,  
tan solo sus ojos miro;  
y siempre, siempre creciendo,  
mi pasion estoy mirando;  
y mi amor le va buscando,  
y sin verle, está sufriendo.

JUANA. Eh, tontería, señorita;

¡si tal amor es locura!

CLARA. Lo sé; pero mi ventura  
con lo imposible se irrita.

JUANA. Al saberlo el señor conde...

CLARA. No me hables de mi tutor.

JUANA. Ocultadle vuestro amor.

CLARA. ¿Y quién tal pasion esconde  
al ofrecerle otra nueva?

JUANA. Entonces ¿qué vais á hacer?

Si ese amor no puede ser,  
olvidadlo; haced la prueba.

CLARA. ¡Olvidarle! y por su hijo,  
un necio á quien nunca ví...  
no puede ser.

JUANA. Pero si...

CLARA. Es imposible, de fijo.

Este viaje pretesté  
por no verle.

JUANA. Y le vereis ;  
si prescindir no podeis  
de hablarle.

CLARA. Sí, le hablaré  
confesándole mi estado.

JUANA. Yo apelaré á su honor...  
Y al saberlo su tutor  
se pondrá, que ni pintado.  
CLARA. ¿Qué hacer entónces?  
JUANA. Pensar.  
CLARA. Si no puedo.  
JUANA. Hay que hacerlo.  
CLARA. Es que no puedo quererlo.  
JUANA. Debeis al otro olvidar.  
Vamos, vamos; pensad bien,  
que es mala tal situacion.  
CLARA. Solo pienso en mi pasion,  
que es desgraciada tambien.

ESCENA IV.

DICHOS, LUISA *por la puerta derecha.*

LUISA. ¿Estás aquí, hermana mia?  
CLARA. Un momento de mi estancia,  
por esta, he abandonado  
las paredes solitarias.  
LUISA. ¿Qué pena en tu rostro encuentro?  
Desde que ví esta mañana,  
magüer que non te lo dije,  
ví la tristeza en tu cara.  
JUANA. ¿Me necesitais ahora?  
CLARA. No; puedes marcharte, Juana:  
hablaré algunos momentos  
con Luisa, mi buena hermana  
de leche.  
JUANA. Cual vos querais.  
(*Váse Juana por la puerta de la derecha.*)  
LUISA. Solicas estamos, Clara;  
ya sabédes cual te quiero;  
yuntas crecimos, el aura  
respirando de las flores,  
é yuntas nuevas dos almas  
comenzaron á sentir,  
cuando en querer se ayuntaban.  
Non era igual nuestra suerte,  
mas eránlo nuevas almas,  
é aunque separadas luego,  
amáronse siempre ambas;  
pues bien, si tú estás sufriendo,  
¿ocultarásme la causa?  
CLARA. ¡Si supieras!... ¡Ay, Dios mio!  
LUISA. De aqueso solo se trata;  
de que fable el corazón

cual otro tiempo hablara.  
Si soy para tí la misma,  
non me ocultes tu desgracia.

CLARA. ¡Ay hermana! ¡si supieras  
cuán ansiosa estaba el alma  
de encontrar un pecho amigo  
donde confiar sus ánsias!...

LUISA. ¡Mare santa! ¿por qué sufres?  
Jóven, rica y envidiada;  
fermosa como ninguna,  
é como ninguna honrada,  
non comprendo ese pesar.

CLARA. Porque amo sin esperanza.

LUISA. ¿Por qué?... ¿por qué me dijiste?

CLARA. Que amo y no soy amada.

LUISA. ¿E alientas tú de tal guisa?

CLARA. Tengo partida mi alma.

LUISA. ¿E con el alma ferida  
en medio del mundo pasas?  
¿Hay sonrisas en tus labios?  
¿En los tus ojos hay lágrimas  
é acentos guarda tu pecho?...  
Calla por piedad, hermana;  
ó tú non sabes amar,  
ó non es igual mi alma.

CLARA. ¿Pero qué me estás hablando?  
¿Crees mi pasion estraña?  
¿Dudas que se pueda amar  
entre risas y entre lágrimas?  
¡Oh!.. no comprendes que el mundo  
impone cosas muy árduas  
á la mujer; que la obliga  
á ahogar dentro de su alma  
el dolor que la tortura  
y el padecer que la mata;  
que ha de llevar á sus labios  
sonrisas, dulces palabras,  
cuando hieles y amargura  
pronunciar solo anhelara.  
Amores como los míos,  
que sufren, lloran y callan,  
no se engañan á sí mismos  
cuando á todo el mundo engañan.

LUISA. Non me place amar ansina.

¿Quién es aquesa que amas?

CLARA. No lo sé; no lo conozco.

Hace seis meses, tornaba  
una tarde á mi castillo  
pensativa y preocupada,

cuando tendido en el césped  
ví un caballero: gallarda  
su apostura; continente  
gentil; dulce mirada  
fijóse en mí; ardió en ella  
no sé qué mágica llama  
que me abrasó el corazón.  
Bajé la vista turbada;  
saludóme cortesmente,  
y aun aquellas palabras  
dentro mi pecho resuenan  
y en mi pecho están grabadas.  
«—Dios guarde á la flor del valle;  
pasad sin temor la dama,  
que si hay en el bosque espinas,  
vos sois un lirio entre zarzas.—»  
Esto me dijo, y miróme  
mientras yo, ruborizada,  
me alejaba lentamente,  
esculpiéndose en mi alma  
aquel agraciado rostro  
y aquellas tiernas palabras.

LUISA. ¿Non le has visto desde entonces?  
CLARA. Buscándole enamorada

por todas partes, mi vista  
en ninguna le encontrára.

LUISA. ¡Estraño el caso parescel

CLARA. ¡Aventura desgraciada!  
Ahora quiere mi tutor,  
que no comprende mis ansias,  
entregue mi fé y mi mano  
á su sobrino.

LUISA. Si amas  
á otro, ¿podrás casarte?

CLARA. ¡Ay Luisa! si él me lo manda...

LUISA. ¿E quién impone mandatos  
á la que de veras ama?

CLARA. Es que tú no le conoces.

LUISA. Vilo ya en aquesta casa;  
hace poco que ha llegado.

CLARA. ¿Que ha llegado?

LUISA. Sí, con harta

altanería pidióme  
diérale fuego y cama,  
é á poco oi que el mi padre  
conde de Arcos le llamaba.

CLARA. Y ¿á qué viene por aquí?

LUISA. Non lo sé.

CLARA. Algo me aguarda,

- y no bueno, Luisa mia.  
LUISA. Non me place á mi su estampa.  
CLARA. ¡Si vieras cuánto padezco!...  
LUISA. Consuélate, la mi hermana;  
la mare de Dios es buena.  
CLARA. Ya me ha olvidado.  
LUISA. ¡Clara!...  
non digas eso.  
CLARA. Me marchó  
hácia mi cuarto.  
LUISA. ¿Te marchas  
tan presto?  
CLARA. Sí, temo  
no venga el conde á esta estancia,  
y no le quisiera ver.  
LUISA. Si ansí te place, yo voy  
para servirte de guarda.  
(*Vánse por la escalera Luisa y Clara.*)

### ESCENA V.

FERNANDO *por la puerta del fondo.*

- FERNANDO. No tengo duda, mi tío  
era el hombre á quien yo ví.  
¿Qué buscará por aquí?  
No sé por qué desconfío  
de mi estrella; su venida  
á Luisa pudiera hacer  
mi posicion comprender,  
y el encanto de mi vida  
despareciera. ¿Qué he hecho  
alentando mi pasion?  
¡Ay! me faltó la razon,  
cuándo amor gritóme el pecho.  
Y dejarla yo de amar  
es imposible, señor.  
Siento aumentarse mi amor  
y mis penas á la par.  
¿Tiene ella la culpa á fé  
de haber nacido villana?  
Si en mi pecho es soberana,  
¿por qué no amarla, por qué?  
(*Queda pensativo: Luisa sale por la puerta de la escalera  
y se adelanta hasta él silenciosamente poniéndole am-  
bas manos en el hombro.*)

ESCENA VI.

LUISA y FERNANDO.

LUISA. (¡Aquí está! ¡siempre triste!  
¿por qué suspira  
si le miran mis ojos,  
si así me mira?)

FERNANDO. (*Sin apercibirse de la presencia de Luisa.*)  
(¡Luz de mis ojos!...  
¿por qué hay entre las flores  
cruelles abrojos?)

LUISA. (*Aproximándose á él.*)  
¿Piensas en mí, Fernando?

FERNANDO. ¡Ah!... ¡Vida mía!...  
¿cómo no pensar, si eres  
tú mi alegría?

LUISA. Si comprendieras  
que el mi pecho te adora,  
mas me quisieras.

FERNANDO. Cuando de oro entre nubes  
el sol asoma,  
y las flores le ofrecen,  
su puro aroma;  
en sus fulgores,  
mis ojos te contemplan,  
como en las flores.

Si en la espesura  
el aura leve  
con su flébil aliento  
las hojas mueve,  
en su sonido  
«Luisa» escucho afanoso  
junto á mi oído.  
Todo murmura amores  
cual yo murmuro;  
mi amor es cual tu aliento  
suave y puro.

¡Prenda querida!  
¿cómo no he de adorarte  
si eres mi vida?

LUISA. Tú guardas, mi Fernando,  
miel en tu acento;  
y al escucharle olvido  
mi sentimiento.  
Duéleme, verte  
triste, é yo non puedo,  
mas que quererte.

Cabe el arroyo ufana  
  todos los dias,  
sola á pensar me pongo  
  mis alegrías:  
  murmura el agua,  
y el alma entre su arrullo  
  quimeras fragua.  
Viene el aura mi frente  
  acariciando,  
é afanosa pregunto  
  por mi Fernando.  
  Dile al oido,  
yo la encargo, que nunca  
  su amor olvido.  
A la tierna avecica  
  que ante mí pasa,  
el fuego la confío  
  que el pecho abrasa;  
  y ella piadosa  
te lleva, de mi parte,  
  queja amorosa.  
¡ Te contemplo tan triste,  
  Fernando mió!...  
Parésceme estar cerca  
  de tu desvío.  
  ¡Ay de mi alma!  
robaránle tus desdenes  
  su dulce calma.  
Respóndeme, Fernando:  
  ¿por qué padesces?  
Sorpréndote tan triste  
  ¡ay! tantas veces...  
  ¿Non adivinas  
que en la flor de mi alma  
  clavas espinas?

**FERNANDO.** Por tu amor ofuscada  
  ves ilusiones;  
solo á tí pertenecen  
  mis sensaciones:  
  enjugá el llanto;  
no es por tí mi tristeza;  
  ¡te adoro tantó!...

**LUISA.** Si tú por mí non sufres,  
  ¿por qué, doliente,  
una nube cuitada  
  cruza tu frente?

**FERNANDO.** Por... Basta Luisa;  
haz que asome á tus labios  
  tierna sonrisa.

- LUISA. ¡Ocultásme tus penas!  
FERNANDO. No tengo nada.  
LUISA. La mujer lo conoce  
si enamorada  
está, é comprendo,  
á la par que eso dices,  
que estías sufriendo.  
(*Mirando hácia la puerta de la derecha.*)  
Hácia aquí viene el conde.  
FERNANDO. ¡Conde!...  
LUISA. Ha venido  
hace poco el de Arcos.  
FERNANDO. (¿Qué es lo que he oído?  
nunca creyera,  
que tan pronto mi dicha  
despareciera.)  
LUISA. ¿Que tienes, mi Fernando?  
FERNANDO. (Si llega á verme...)  
(*Preocupado y sin hacer caso de Luisa.*)  
LUISA. ¡Mare santal... non place,  
de responderme.  
FERNANDO. (Y he de ocultarme.)  
LUISA. ¿Pero qué te sucede?  
¿quieres matarme?  
Fabra, Fernando, dime...  
FERNANDO. No tengas miedo.  
LUISA. Con tamaña zozobra  
vivir no puedo.  
FERNANDO. Volveré ahora.  
(*Vásé rápidamente por el fondo.*)  
LUISA. ¡Mare, mira la pena  
que me devora!

### ESCENA VII.

LUISA y el CONDE, que sale por la puerta de la derecha sin apercibirse de la presencia de Luisa hasta que el diálogo lo indique.

- CONDE. Ya supe por Anton Perez  
lo que yo ahora necesito;  
se porta cual caballero  
el bueno de mi sobrino;  
porque es él, no tengo duda;  
disfrazado entre estos riscos  
y ocupado en sus amores  
olvida el proyecto mio.  
(*Tropieza Luisa con una silla.*)  
¡Eh! ¿quién está ahí? ¿eres tú?



LUISA. Tropecé.

CONDE. Ya escuché el ruido:  
acércate sin cuidado.

LUISA. Señor.....

CONDE. Tu padre me ha dicho  
que estabas enamorada.

LUISA. (*Preocupada.*) (Y Fernando ¿dó se ha ido?)

CONDE. ¿No me escuchas?

LUISA. Sí, señor.

CONDE. Yo quiero ser el padrino  
de tan venturosa union,  
porque lo será de fijo.

LUISA. Tanta merced, señor Conde...

CONDE. No es merced, es egoismo.

Nosotros los viejos, niña,  
nuestros ocios divertimos  
viendo gozar á los otros  
con sus locos desvarios.

Y dime ¿qué tal el novio?

¿es guapo, es bueno, es rico?

LUISA. Para quererle constante  
riquezas non necesito:

yo soy pobre, é pobre es él;

facerle feliz ansio,

é seré la mas dichosa

si él me guarda su cariño.

CONDE. Eso está bien contestado.

Y el que ha de ser tu marido

¿cómo se llama?

LUISA. Fernando.

CONDE. Y ¿de qué?

LUISA. Non me lo ha dicho;  
su apellido para amarle  
necesario non me ha sido.

CONDE. Galan que su nombre oculta...

LUISA. Si non lo oculta.

CONDE. Me dijo  
tu padre, que en él advertia  
algo de elegante y fino,  
que no cuadraba muy bien  
con su estado.

LUISA. (*Impaciente.*) (¡Qué martirio!) )

CONDE. Es poco afecto al trabajo,  
de la holganza es muy amigo,  
y diz que le place mas  
correr por breñas y riscos  
que no coger el arado,  
ó manejar el rastrillo;  
que son sus manos muy blancas,

que su cútis es suavísimo:  
y que mas que de labriego,  
de caballero es su estilo.

¿No me escuchas?

LUISA. *(Cada vez mas contrariada.)*

Sí, señor;

pero mi padre ha creído,  
magüer que tal os dijese,  
que era de mi mano digno;  
y aina yo, señor Conde,  
á mi vez puedo deciros  
que vile fiel é leal,  
é vile amante é rendido;  
y el corazon non se piensa  
mal de quien ama, é al mio  
desplácenle esas palabras...

CONDE. Son hijas de mi cariño  
hácia tí.

LUISA. Vos lo agradezco.

CONDE. Con no muy buenos instintos  
hay galanes, que cansados  
de cortesaños hechizos,  
buscan zagalas hermosas,  
cuyo corazon sencillo  
enamoran, y juguetes  
las hacen de sus caprichos.  
Despues las dicen su nombre,  
las revelan su destino,  
abandonándolas luego  
con su deshonra...

LUISA. *(¡Dios mio!*

*¡si Fernando!... non será.)*

CONDE. A veces el padre ó el tio  
del galan, que nada sabe,  
va en su busca, allá su asilo...

LUISA. *(Y alejóse con presteza  
y se quedó sorprendido...)*

CONDE. *(Observ.) (Ya medita.) (Conten.)* Y la cuitada  
ve del galan el delito,  
y hay reproches y lamentos,  
y lágrimas y suspiros,  
y se exige á la doncella  
que creyó en aquel delirio,  
que se olvide del amante...  
que la adoró por capricho.

LUISA. Non hay mujer que obedezca  
un mandato tan impío:  
la que en amores se abrasa,  
el corazon ya ferido

rasgárase en mil pedazos  
antes que decir «olvido».  
¿Con qué pagaba aquel hombre?...

CONDE. Con oro, si era muy rico...

LUISA. Non basta el oro á comprar  
lo que nunca el oro hizo.

Si á mí donáranme oro  
en pago del amor mio,  
arrojáraselo al rostro  
del villano mal nacido  
que las virtudes pagara,  
como comprara los vicios.

CONDE. Vamos, vamos, serranica.

LUISA. Señor, con vuestro permiso...

CONDE. Desconfía de tu amante  
si te oculta el apellido;  
te lo encargo por tu bien:  
quiero subir ahora mismo  
al cuarto de mi pupila.

LUISA. Ahí le teneis. ¡Dios mio!

CONDE. Te avisé por tu ventura...

LUISA. Vos agradezco el aviso.

Pluguiérame non oirle;  
quiero buscarle ahora mismo:  
¡si me ha desecho este hombre  
todo el encanto en que vivo!

(*Vase el Conde por la escalera y desaparece por  
la puerta del cuarto de Clara.*)

### ESCENA VIII.

LUISA y PEDRO.

(*Va á salir Luisa y tropieza con Pedro, que entra sinti-  
guándose.*)

PEDRO. ¡Qué cosa mas estupenda!  
¡Por vida de D. Caifás,  
que fué un solemne bribon!...  
¡Jesucristo!... (*Tropieza con Luisa.*)

LUISA. ¡Arre allá!

PEDRO. ¡Qué puños tiene!

LUISA. ¿No visteis?

PEDRO. Ya sentílo por demás.

LUISA. ¡Si mirara donde pisa!

PEDRO. ¡Si pisárais al mirar!...

LUISA. Non murmure el escudero.

PEDRO. ¿Y quién no mormurará  
si tiene rompido un brazo  
y en el hombro un cardenal?

- LUISA. Dejadme, que tengo prisa.  
PEDRO. Quiero yo vos preguntar  
por un mancebo que he visto  
viniendo agora hácia acá.
- LUISA. ¡Un mancebo!  
PEDRO. Mancebico  
de falaguero mirar,  
que entre aquestos breños vide  
recatándose.
- LUISA. (¿Será  
Fernando?)  
PEDRO. La serranica  
que habita aqueste lugar  
podrá dirme lo que quiero.  
(Aquí de mi habilidad.)
- LUISA. Pregúnteme el escudero.  
PEDRO. Entre los guardas que ha  
vueso padre en sus ganados...
- LUISA. (Apenas puedo alentar.)  
PEDRO. ¿Hay alguno que se nombre  
Fernando?
- LUISA. Sí que le hay.  
PEDRO. ¿É vino?...
- LUISA. Hace seis meses.  
PEDRO. (Ese mesmo tiempo hará...)  
Viste con paños muy toscos  
y él es fino por demás.
- LUISA. Es muy cierto.  
PEDRO. Es el mesmo;  
si tengo yo un ojo tan...
- LUISA. Y dígame el escudero,  
¿por qué es ese preguntar?  
¿guarda acaso algun misterio  
en su vida ese zagal?
- PEDRO. ¿Le importa á la serranica?...
- LUISA. ¿Importáros el hablar?  
Os he contestado aina.
- PEDRO. Y aina os contestarán.  
Pregúnteme la serrana  
cuanto quiera preguntar.
- LUISA. A una mi amiga enamora  
ese Fernando; el rapaz  
Don Amor picóla al seno,  
é de amor siente un volcan;  
non puede saber su nombre  
ni á qué viene, ni á dó vá;  
y falagueras palabras  
derramando sin cesar,  
hacen que la mi amiga

- cada vez le quiera mas.
- PEDRO. ¿Vuesa amiga ha dado prenda de su amor á ese galan?
- LUISA. Dióle su alma, que es joya estimada por demás.
- PEDRO. Pues ¡ay de la vuesa amiga!
- LUISA. ¡Qué decís ! vamos, hablad.
- PEDRO. Mucho os interesa el mozo.
- LUISA. (¡Mare Santa de la Paz, si tiene entera mi alma no me ha de interesar!)
- PEDRO. Podeis decir á la moza en palabra de amistad, que Fernando está muy alto, é que ella muy baja está. Que Don Cupido es un tonto, que se mete donde no han menester de sus servicios; que presto ha de rescatar su alma, antes que el cuerpo vaya su amor á llorar; que él es noble, é con villanos en jamás se ayuntará.
- LUISA. Non prosiga el escudero; faceisme muy grande mal.
- PEDRO. ¿Non preguntabais agora?
- LUISA. (Fabló el conde con verdad.)
- PEDRO. ¿Daño os fice , serranica?
- LUISA. (El dolor me matará.)
- PEDRO. (Matárame D. Fernando si llegara á sospechar...)
- LUISA. ¿Quereis facer mas preguntas ? Hartas os he fecho ya. Para saber desventuras me dijisteis por demás.
- PEDRO. (Voy á ver al Sr. Conde, y él mi celo aplaudirá. Esta será la serrana que aqui detiene al galan, cuando tanta pena siente...) Serranica, perdonad; si consuelos necesita, conmigo puede contar. (Váse por la segunda puerta.)

ESCENA IX.

LUISA.

¡Mare bendita!  
mira mi duelo;  
pesar me mata,  
de amores muero.  
Mentidas frases  
oyó mi pecho;  
el alma toda  
ardió en su fuego;  
castiga justa  
al falaguero,  
que así me mata.  
Mas non, non quiero;  
sufra yo sola  
mal tan inmenso:  
¡si yo le adoro!  
¡si él es mi dueño!  
Mare bendita,  
oye mi ruego;  
dale ventura:  
dame consuelo.

ESCENA X.

DICHA, FERNANDO, *después* CLARA y el CONDE, *que aparecen en la puerta de la escalera.*

FERNANDO. (*Entra por la puerta del fondo mirando con temor.*) Nadie se ve por aquí;  
¿me habrá conocido Pedro?...  
Luisa sola, no me ha oído.  
Mi serrana.

LUISA. (*Vacilante.*) ¡Ah!... mi dueño.  
Aléjate de mi lado.  
¿A qué gozarte en mi duelo?  
¿Por qué me mentiste amores  
si eres noble?

FERNANDO. ¡Dios del cielo!  
(*Todo lo sabe.*)

CONDE. Ven, Clara,  
y todos juntos cenemos.

LUISA. ¿Para qué me has engañado  
si me has destrozado el pecho?

CONDE. (*La serrana y mi sobrinol...*)

CLARA. Luisa! . .

CONDE. (*Deteniéndola.*) Detente un momento.

FERNANDO. Serranica de mis ojos,  
di, ¿quién te dijo eso?  
Soy noble, mas mi cariño  
es cual mi nacimiento;  
ni nunca te faltará,  
ni podrá olvidar su objeto.

LUISA. Fernando, no puede ser.

FERNANDO. Si yo te adoro.

CLARA. ¡Qué acento!

FERNANDO. Juro amarte.

CONDE. (*Apareciendo en medio de los dos y separándolos violentamente.*) Basta ya.

FERNANDO. ¡Mi tío!

CLARA. (*Viendo á Fernando.*) ¡Cielos!

Luisa...

CONDE. Aquí tienes á tu esposa.

CLARA. (*A Luisa.*) Es él.

LUISA. ¡Dios eterno!...

CAE EL TELON.

---

---

# ACTO SEGUNDO.



Sala elegante: puerta al fondo que da á una antecámara: dos laterales á la izquierda: balcon practicable á la derecha, en segundo término; en primero, una puerta: muebles de la época.

## ESCENA I.

JUANA, despues PEDRO.

- JUANA. ¡Jesucristo! Es imposible  
habitar en esta casa.  
El conde bufa, y pateo,  
mi señora llora, y calla;  
don Fernando en su aposento  
diz que las horas se pasa.  
¡Don Fernando! ¿quién dijera  
que él fuera quien ella amára!
- PEDRO. ¡Hola! ¿con dueñas habemos?  
¡Válame mi santiguada!
- JUANA. (Con gazmoñería.) Acérquese el escudero.
- PEDRO. De facerlo non he gana.  
(Aquesta viella creyóse  
que sus arrugas me agradan.)
- JUANA. Dígame, seor escudero,  
¿qué nuevas hay en la casa?
- PEDRO. Todo es nuevo menos vos.
- JUANA. Siempre con burlas se pagan  
mis cariñosos cuidados.
- PEDRO. Nin los pido, nin me faltan.  
Non me fizo don Cupido  
para caer en vuestas garras.
- JUANA. No estais de muy buen talante,  
por lo visto, esta mañana.
- PEDRO. Holgárame non estarlo.



JUANA. Vamos, contadme qué os pasa;  
ya sabeis que yo vos quiero.

PEDRO. Non digais esa palabra.  
La que como vos, con tocas  
va ya escondiendo sus canas,  
nin puede querer á nadie,  
nin finca fuego su alma.

JUANA. ¡Ingrato!

PEDRO. Me desplaciera,  
si otra cosa os escuchára.

JUANA. Buscar amor en doncellas,  
es buscar dolor á el alma.

PEDRO. Y en las viellas encontrallo,  
es morirse de una hartada  
de canas, toses, arrugas,  
é otras cien mil alharacas.  
Es vueso rostro tan tierno  
que parece una almohaza;  
labios que con el se ayuntan  
non faránlo otra vegada;  
si vuesa boca »amor» disce  
parece que pide gachas;  
en fin, la dueña, non quiero  
amor que solo da babas.

JUANA. ¿Habrás visto menguado?

PEDRO. ¿Habrá viella mas lagarta?

JUANA. Calle el escudero.

PEDRO. Calle  
la dueña; é non me faga  
que me torne á desbarrar.

JUANA. (*Pausa ligera.*) Vamos, si todo fué chanza.

PEDRO. Non para chanzas estoy.

JUANA. Cuénteme lo que pasa.

PEDRO. Rapaz Amor, es un mozo  
que á hallarse aquí, se ganára...

JUANA. Pero ¿qué os hizo el amor?

PEDRO. Face seis dias, á casa  
tornó el conde y don Fernando  
resguardando á doña Clara.  
El señor trujo el semblanté  
mas peor que lo llevaba;  
don Fernando furibundo  
arrojóme unas miradas,  
que así temblar me facian  
como las hojas de parra.  
Llegamos; todos se encierran:  
requiéresme sin tardanza:  
»don Bellaco, así el mancebo  
dirigiome la palabra,

te voy á moler á golpes  
el cuero de las espaldas,  
si non vas en derechura  
de Anton Perez á la casa.  
A la su fija garrida,  
que non la olvido, dirásla,  
que non dude del mi amor;  
que antes faltaráme el habla  
que faltarla mi cariño.»  
Voy á cumplir su demanda,  
y el señor conde me encuentra;  
conosce el caso en mi cara,  
é entre airado é cejijunto  
me dice que non lo faga,  
si yo esponerme non quiero  
á que me quiebre las nalgas.  
Despues me dona un encargo,  
lo cumplo; ya non le agrada;  
pregunta el mozo afanoso  
qué me dijo la serrana:  
respóndole... yo no sé:  
me da una horrible puñada:  
me voy á quejar al conde  
é por poco mas, me mata:  
para aliviar mi tristeza  
tópome con doña Clara;  
me pregunta por su amante;  
cuéntola cuanto me pasa;  
enciéndesela el su rostro;  
non para mientes en nada,  
é colérica me disce  
que de su presencia salga,  
si non quiero que mi cuerpo  
del adarve al foso vaya.  
¿Visteis, viella del dimoño,  
mas trabajos é mas ansias?  
¡Reniego de don Cupido,  
que tales cosas baraja!  
JUANA. No reniegue el escudero;  
don Cupido es una alhaja.  
PEDRO. (¡Oh!... ¡Viella mas falaguera  
nunca mis ojos miráran!)JUANA. (*Acercándose á Pedro.*)  
¿Está el escudero triste?  
PEDRO. ¡Arre allá!... ¡Jesus que blanda!  
JUANA. Escudero, el mi escudero,  
non me tengais esas chanzas.  
PEDRO. Idos al infierno, viella;  
non quiero yo vuestas gangas.

- JUANA. ¿Habrás visto villano?  
PEDRO. Mas lo son vuestras palabras.  
La que en los pies tiene callos  
é arrugas en la su cara,  
tiénelas también el pecho  
é callos hay en su alma.  
JUANA. Y yo sufro de tal guisa  
por un...  
PEDRO. ¡Dueña! ¡Juana!...  
non me faga desbarrar...  
JUANA. Vóime; me ahoga la rabia.  
(¡Don amor, hiérole el pecho,  
que aquestas tocas me matan.)  
(*Váse por la derecha.*)

ESCENA II.

PEDRO, después LUISA.

- PEDRO. ¿Habrás visto  
viella mas mala?  
¡Cierta es aquesa  
fiel comparanza:  
fuego que prende  
la viella paja,  
lluvia continua  
non se lo apaga.  
LUISA. (*Entrando por la puerta del fondo y sostenién-  
dose apenas, presa de un dolor profundo.*)  
¡Non me sostengo!  
¡Ay mare santa!  
Buen escudero.  
PEDRO. ¡Oh!... ¡la serrana!  
¿Qué vos sucede?  
Fáblad, ¿qué pasa?  
LUISA. Non puedo dirlo.  
Siéntolo y basta.  
PEDRO. ¡Cuán falagueras  
son sus miradas!  
LUISA. ¡Cuánta amargura  
mi cuita labra!  
PEDRO. Descolorida  
teneis la cara;  
la serranica,  
decid ¿qué os pasa?  
LUISA. Pasóme ha tiempo,  
una vegada,  
sueño de amores  
con que me holgara.  
Mas despertéme  
una mañana;

y el sueño fuese,  
y el mal quedara;  
la mi ventura  
non vi tornada;  
dejóle al pecho  
tristes memoranzas,  
é desde entonces  
llanto del alma  
mis ojos vierten;  
la pena amarga  
descoloróme  
la faz rosada.

Eso pasóme:  
¡ay! ¡non pasara!

PEDRO. Así non parle,  
bella serrana.

Si me atreviera  
yo os consolara.

LUISA. Non hay consuelos  
á penas tantas.

PEDRO. ¿Por qué vinísteis  
á aquesta casa?

LUISA. Porque lo quiere  
mi suerte aciaga.

PEDRO. Catad, la bella,  
que aquí non guardan  
á vueso pecho  
ninguna holganza.

Torne á la sierra,  
la mi serrana;  
yo de escudero  
iré en su guarda.

Dad al olvido  
pasion tan cara.

Si otra querédes  
que non vos faga  
sufrir de penas,  
yo os la donara.

LUISA. Non de pasiones  
escucho nada:  
con la que tengo  
dentro del alma,  
si amor el mundo  
necesitara,  
amor garrido  
aquí lo hallaran.  
La serranica  
non quiere nada:  
su enamorado

¡ay! la engañara:  
ella non puede  
otra vegada  
querer de nuevo  
como le amara.  
Si el escudero  
non me fablara  
del su cariño,  
de la su llama,  
yo desdeñosa  
non contestara;  
pero ferido  
el pecho se halla,  
é melecina  
ninguno guarda,  
que curar pueda  
su pena amarga.

PEDRO. Escudérico,  
non tenga rabia  
En miel envueltas  
van sus palabras.  
(E aun de cariño  
la viella sándia  
fablar queria  
á la mi alma?..)

LUISA. El escudero,  
id sin tardanza  
y al conde dirle  
que en esta cámara  
doliente é triste  
Luisa le aguarda.

PEDRO. ¿Qué non ficiera,  
la mi cuitada,  
por vos serviros?

LUISA. Idos, ¿qué aguarda?  
¿non veis que muero  
de pena tanta?

PEDRO. (¡Qué falaguera!  
¡por via é santa Ana!...)  
Voy á serviros,  
bella serrana.  
Guárdeos el cielo.

LUISA. Así lo faga.  
(*Váse Pedro por la segunda puerta de la derecha despues de haber tenido algunas grotescas vacilaciones.*)

ESCENA III.

LUISA, *despues* FERNANDO.

LUISA. Mare del cielo  
que ves mis penas,  
¿qué es lo que el conde  
de mí desea?  
Faz porque pronto  
torne á la sierra;  
non quiero verle,  
é aquí le viera.  
¿Por qué entre fiores  
punchas se encuentran?  
Mare querida,  
mi alma consuela;  
faz que el mi padre  
non ¡ay! advierta  
de la su fija  
tanlarga ausencia.  
Dijome el conde  
que non dijera  
á donde iba,  
é con presteza  
mi casa dejo,  
salto las breñas,  
llego al castillo,  
é aquí de pena  
si non me acorres  
quizá me muera.  
Mare bendita,  
mírame tierna.  
¡Fernando!

FERNANDO. (*Aparece en la puerta de la izquierda*).

¡Luisa!

LUISA. ¡Mare! en mis venas  
la sangre helóse.

FERNANDO. ¡Cuán hechicera!

LUISA. Non te me acerques;  
huye, ¿qué esperas?  
¿ves que sin vida  
tu Luisa queda?

FERNANDO. ¡Mi serranica!...

LUISA. Non, que ya es muerta.  
Nació de amores,  
murió de penas:  
non á la vida  
puedes volverla.

Vete, Fernando;  
vete, é non vuelvas.

FERNANDO. Angel querido,  
niña hechicera,  
¿por qué tus ojos  
de mí te llevas?  
¿por qué tus lábios  
amor me niegan?  
¿borró tu pecho  
pasion tan tierna?  
¡Mi enamorada,  
mi niña bella,  
si yo te adoro,  
mi dulce prenda!

LUISA. Non me lo digas,  
que te creyera,  
é tú eres noble  
é yo plebeya.  
¿Por qué, Fernando,  
fuiste á la sierra?  
En mi casita  
de entre las breñas,  
con las mis flores  
é mis ovejas,  
feliz vivia,  
non tuve penas;  
pero te vide  
en la mi puerta,  
tu amor entróse  
por mi vivienda,  
calma faltóme,  
ansias me deja,  
mentiste dichas,  
afan te llevas.  
¿Por qué, Fernando,  
fuiste á la sierra?

FERNANDO. Fuí á las Navas,  
mi dulce estrella,  
porque buscando  
el alma inquieta  
una flor pura,  
entre malezas,  
hallé la rosa  
de la pureza.  
Te vi, mi niña,  
y de ansia llena  
el alma toda,  
á ti se acerca;  
todo lo olvida,

solo en ti piensa,  
y te entregara  
la mi existencia,  
si tú afanosa  
me la pidieras.  
No pienso, niña,  
en mi grandeza;  
solo es mi gloria  
que tú me quieras.  
Serrana honrada,  
honra á quien quiera;  
non yo te honro,  
que honra me prestas.  
Calma tu pecho,  
tu faz serena;  
ven á mis brazos,  
la mi hechicera.

LUISA. ¡Ay! tú me henchizas  
con falagueras  
dulces palabras.  
Fernando, deja  
respire el alma.  
¿Non me desprecias?  
¿Non la serrana  
es poca prenda  
para quien tiene  
tanta nobleza?

¡Ay! ¡non me engañes,  
que me muriera!

FERNANDO. No, no te engaño.

LUISA. ¡Bendito seas,  
mi caballero!  
¿Si tú supieras  
cuánto he sufrido?...  
Llanto sin tregua  
brotaba el pecho;  
la vista ciega  
busca afanosa,  
busca é no encuentra;  
las tus miradas  
ansiaba verlas,  
é sola é triste  
ya non te viera.  
¡Ay, mi Fernando!  
¡mata la ausencia!  
¡Ay, mi Fernando!  
¡bendito seas!...

FERNANDO. ¡Oh! mi serrana,  
no pases pena.



Mas dime, vida  
de mi existencia,  
¿por qué mis ojos  
aquí te encuentran?

LUISA. (*Turbada*). Vine.....

FERNANDO. El conde,  
que no te vea.

LUISA. Vete, Fernando.

FERNANDO. ¿Y tú? Se acerca.

LUISA. Ve á tu aposento.

FERNANDO. Gana esa puerta.

(*Fernando desaparece por la primera puerta de la izquierda, Luisa por la segunda de la derecha. El Conde aparece por la primera.*)

#### ESCENA IV.

*El CONDE y LUISA.*

CONDE. Por fin vino la aldeana.  
Es el remedio mejor;  
si no ese maldito amor  
deshará mi plan mañana.  
La confesion que me hiciera  
Anton Perez, me ha servido;  
mas.... la serrana ¿dó ha ido?  
si acaso marchado hubiera.....  
Solo ella ha de impedir  
que su union se verifique;  
antes que me sacrifique  
haré á su padre morir.  
Si casar puedo á Fernando  
con Clara, ya estoy seguro;  
pero si no, yo le juro.....

(*Se oye ruido que lo produce Luisa saliendo por la segunda puerta de la derecha*).

¡Eh!.... ¿Quién vá?

LUISA. (*Yo estoy temblando.*)

CONDE. ¿Eres tú?

LUISA. Yo soy, señor.

CONDE. Fuiste muy puntual.

¿A Anton dijiste?....

LUISA. Non tal:  
non fuéme el lábio traidor;  
ficisteis encargo, y fiel  
el vueso encargo he cumplido;  
á veros aquí he venido.....

CONDE. Y á verle tambien á él.

- Vamos, Luisa, si le quieres,  
sería inútil negarlo.
- LUISA. Si non trato de ocultarlo;  
forman su amor mis placeres.  
Non hay dicha para mí,  
si me falta mi Fernando;  
si él no me amára, llorando  
la vida pasára así.
- CONDE. ¿Sabes por qué te llamé?
- LUISA. Non lo puedo adivinar.
- CONDE. A Fernando he de casar.
- LUISA. (*Sorprendida*).  
Vos casarle!...
- CONDE. Escúchame.  
Por razones especiales  
de mi clase y de su porte,  
se ha convenido en la corte  
celebre sus esponsales  
con Clara; así me conviene:  
ella le adora con fé,  
mas él se opone, porque  
contigo amores sostiene.
- LUISA. (*¿Qué me va á dir este home?*)
- CONDE. ¿Vas comprendiendo, serrana?
- LUISA. Non puede dir la villana  
si non que el pecho abrasóme;  
que yo le quiero.
- CONDE. Es locura.
- LUISA. Que él me quiere.
- CONDE. Desvarío.
- LUISA. Que el su amor tan solo es mio.
- CONDE. Amor así, poco dura.
- LUISA. Non pensárais de tal guisa  
si viérais mi corazon.
- CONDE. Que olvides esa pasion  
es lo que deseo, Luisa.  
Que tú le digas, yo quiero,  
que tu amor fué una quimera;  
yo quiero....
- LUISA. Pues non lo quiero;  
enantes de pena muero.  
¿Quién sois vos para que faga  
el alma cuanto querádes?  
En mi pecho non mandades;  
buscad quien vos satisfaga.  
Yo non pecho en vuesa tierra,  
non soy de su señoría;  
nascimos ya en Behetría  
los que habitamos la sierra.

Nasci libre, libre amé,  
non me avengo á esa impostura;  
si non vos finco mesura,  
es vuesa la culpa á fé.

«Cómo dir al home amado:  
«cuanto juré fué mentira;  
mi pecho ya non respira  
por tu amor; yo te engañado»?  
Para hablar de esa suerte,  
faciéndome á mí tal mengua,  
arrancárame la llengua  
è prefiriera la muerte.  
Non lo digo, non lo espere,  
non mi alma es falaguera;  
la fembra que así dijera  
ni es honrada, nin le quiere.

CONDE. ¿Con que es decir que te opones?  
¿No me escuchas?

LUISA. Non escucho.

CONDE. Eres poco.

LUISA. En amor mucho.

CONDE. Piensa...

LUISA. Non hay razones.

CONDE. Puesto que el hablarte es ley,  
sabe aunque bien no te cuadre,  
que en mí está que tu padre  
muera por traidor al rey.

LUISA. ¡Señor!

CONDE. El fué comunero,  
sirvió con Juan de Padilla,  
y hoy se vengán en Castilla  
del señor y del pechero.  
Tu padre ocultóse listo,  
mas yo sé donde encontrarlo,  
y al verdugo he de entregarlo,

LUISA. ¡Callad!

CONDE. No mas, ¡vive Cristo!  
Humilléme á suplicarte,  
tú no quisiste vencerte;  
veremos si ahora eres fuerte;  
en mi mano está salvarte.

LUISA. ¡Piedad!

CONDE. Accede á mi ruego.

LUISA. Non puedo.

CONDE. Vaya al verdugo  
porque á su hija le plugo.

LUISA. ¡Callad!

CONDE. ¿Te niegas?

LUISA. Non niego.

¡Mare Santa! ¡ven á mí!  
¡sostenme en aquesta cuita!  
(*Apoyándose en una silla va á sostenerla el conde y le rechaza.*)

CONDE. ¿Vacilas?...

LUISA. Non necesita  
mi cuerpo apoyo.

CONDE. ¡Ay de ti!  
¿consientes?

LUISA. Non.

CONDE. Provocas  
mucho mas mi indignacion.

LUISA. Quisiera tener cien bocas  
para deciros que non.  
En antes que aqueso dir,  
dadme, señor, cruda muerte;  
para eso seré muy fuerte,  
mas non para le mentir.

CONDE. ¡Ja... ja... ja! ¡qué loca estás!  
Hablando así me reiré;  
ni yo verdugo seré,  
ni tú matarte sabrás.....

LUISA. ¿Que non lo sabré decís? (*Le arran. la daga*)  
Ved aquí vuestro puñal;  
faced sola una señal.

¿Que non sé morir? ¡Mentis!  
Decis que os estorbo yo;  
pues bien, ansina me alejo;  
yo me mato, non me quejo.

CONDE. (¿Que aqui se mate? No, no;  
mi objeto no consiguiera.)  
Con tu muerte nada gano:  
ó mientes aquí, ó el anciano  
va al suplicio que le espera.  
O finges, ó muere Anton.  
(*Fernando la lloraria  
y nunca se casaria.*)

LUISA. ¡Mare de consolacion  
acórreme en mi quebranto,  
salva á mi padre te ruego!  
De Fernando non reniego;  
¡si tanto le quiero, tanto!....

CONDE. ¿Qué decides?

LUISA. Non decido.

CONDE. Matas á Anton.....

LUISA. ¡Oh! callad;  
¡si él es mi bien mas querido!

CONDE. Vamos pronto.

LUISA. ¡Por piedad! . .

CONDE. ¡Qué pesadez!  
LUISA. ¡Qué agonía!  
CONDE. ¿Qué decides?  
LUISA. Non lo sé.  
CONDE. (*Dando un paso hácia la puerta.*)  
A tu padre.....  
LUISA. (*Despues de una gran vacilacion corre á él y le detiene.*)  
¡Mare mia!  
¡mas non puedo!... Mentiré.  
CONDE. Gracias que por fin accedes.  
LUISA. Tenedes mal corazon.  
CONDE. (*Aproveche la ocasion y.....*) ¿Vamos?  
LUISA. ¿Non vedes  
que tengo el alma partida?  
CONDE. Ven á esa estancia y la calma  
recobrarás.  
LUISA. Sin el alma  
non hay calma en la mi vida.  
(*Vánse por la primera puerta de la derecha.*)

ESCENA V.

PEDRO, despues CLARA.

PEDRO. (*Entrando por la puerta de la derecha.*)  
Miren que la cosa es cosa  
que á mí non face agrado:  
una viella me persigue,  
é yo caso non la fago;  
pero ella blanda que blanda,  
é yo huraño que huraño:  
¡con rostro de cordoban  
venirme haciendo halagos!....  
Si fuera la serranica...  
¡Ay! mare, si me deshago  
cuando contemplo el su rostro  
é cuando miro el su garbo.  
Donara mi escudería  
por poderla donar algo  
del algo ca aquí yo siento  
cuando la miro é la fablo;  
mas ella non quiere agora  
nada, é yo non valgo  
para sus ojos traidores  
lo que vale D. Fernando.  
CLARA. (*Que ha salido por la segunda puerta de la derecha y ha escuchado el último verso.*)  
¡D. Fernando! ¿Qué sucede?

- PEDRO. (Nombréle y aqui está el diablo.)  
CLARA. ¿Por qué á Fernando nombraste?  
PEDRO. ¿E sé yo lo que me fablo?  
CLARA. Habla por tu vida, Pedro.  
PEDRO. Ha tiempo que estoy hablando.  
CLARA. ¿Qué es lo que pasa?  
PEDRO. Non sé.  
CLARA. Murmurabas...  
PEDRO. Mormurando  
pasárame yo la vida  
si non mormurara en vano.  
CLARA. ¿Viste á Fernando?  
PEDRO. Non vile.  
CLARA. (Quizá se hallará en su cuarto  
pensando en esa mujer  
que me hiciera tanto daño.)  
Oye, Pedro.  
PEDRO. (Con mi nombre  
ya me están apedreando.)  
CLARA. ¿Sabes si Fernando sale  
á deshoras?  
PEDRO. (Malo, malo,  
aquesta quiere saber  
lo que yo me sé é me callo.  
Pues mentiricas habrás,  
que verdades non te fablo.)  
CLARA. ¿Escuchaste?  
PEDRO. Mi señora,  
yo non sirvo á D. Fernando;  
soy tan solo el escudero  
del noble conde de Arcos.  
Preguntará selo al suyo  
que él pudiera contestaros.  
CLARA. ¿Pero tú?...  
PEDRO. (Dale, machaca,  
paresce que fablo claro.)  
Perdonad. (*Haciendo un movimiento para  
marcharse.*)  
CLARA. Escucha Pedro.  
PEDRO. Mas.....  
CLARA. Oye  
PEDRO. Me están llamando  
CLARA. No te llaman.  
PEDRO. ¿Sabreis vos  
mas que yo si me han llamado?  
(Si non la corto que fable,  
ya tenemos para rato.)  
CLARA. ¿Pero no quieres decirme?...  
(*Mirando hácia la puerta de la izquierda.*)

PEDRO. Hacia aquí viene Fernando  
Con que, señora....  
CLARA. Quisiera  
sorprenderle y....  
PEDRO. Me marchó.  
Non dice nada.....  
( *Váse por el fondo.* )  
CLARA. ¡Qué ideal!  
Aquí le estaré escuchando  
( *Desaparece por la segunda puerta de la derecha cerrándola tras de sí.* )

ESCENA VI.

FERNANDO, *después* ANTON PEREZ.

FERNANDO. ( *Que entra por la puerta de la izquierda, mirando á todas partes.* )  
No está aquí. ¿A qué venia?  
¿Si la habrá visto mi tío?...  
Parece que el pecho mio  
no ha de gozar de alegría.  
Veré al rey, es lo mejor,  
yo le daré mis razones:  
no unirá dos corazones  
que los separa el amor.  
A Clara no puedo amar.  
Si á Luisa idolatro ciego,  
¿podrá á otra mujer mi fuego  
su corazón abrasar?

( *Se percibe rumor en el balcon: vuelve Fernando la cabeza y ve á Anton Perez que aparece en él, cruzados los brazos y con una espada en la mano. Todos los primeros versos que dice, los marca con cierta solemnidad que depende del actor únicamente.* )

¿Quién vá?  
ANTON. ¿No lo ves? Un hombre.  
Te sorprendes sin razon.  
FERNANDO. ¿Saltásteis por el balcon?...  
ANTON. ¿Qué hay en ello que te asombre?  
Mi puerta encontraste abierta  
y así mi honor has robado;  
yo por tu balcon he entrado  
á falta de mejor puerta.  
FERNANDO. No te entiendo.  
ANTON. Ya lo harás.  
Tenemos que hablar los dos.  
FERNANDO. ¿Y sobre qué?  
ANTON. ( *Exasperado, pero conteniéndose inmediatamente.* )

¡Dios de Dios!

No me lo preguntes mas.  
Aunque nacido villano,  
nunca rendí vasallaje  
mas que al rey, y un ultraje  
siempre ha vengado mi mano.  
Por no sufrir la opresion  
fui con Bravo comunero,  
y allí en Villalar mi acero  
esgrimióse con teson.  
Nunca mi pecho sencillo  
trocar ansió su sayal  
por la pompa del feudal  
señor de horca y cuchillo.  
Soldado, tuve valor;  
cual buen labriego viví;  
padre honrado hasta ahora fui,  
y hoy me encuentro sin honor.

FERNANDO. Pero...

ANTON.

Silencio. Tenia  
una hija hermosa y pura,  
á quien daba mi ternura  
en cambio de su alegría.  
Mi tesoro maspreciado  
era ella, y yo orgulloso  
el su cariño amoroso  
por nada hubiera trocado.  
Tras cien afanes prolijos  
su placer era mi anhelo:  
de los padres, es el cielo  
la ventura de sus hijos.  
Un dia mi joya miró  
ladron audaz, que artero  
fingióse amigo primero,  
y cual traidor procedió.  
En mis brazos le estreché,  
comida y hogar le di;  
cuando volver pude en mi  
sin mi tesoro me hallé.  
Robóme sin compasion,  
deshojó mi flor querida.  
Respóndeme, por tu vida,  
¿dó está mi honra, ladron?

FERNANDO. Esa honra que tú me pides  
yo siempre la he respetado.

ANTON.

¡Pero si tú la has robado!  
¿Será que de ello te olvidas?  
A mi Luisa la has mentido  
como mentiste á su padre;  
y ahora, aunque mal te cuadre,



- es tu vida lo que pido.  
Mi hija llora perdida  
su honra, su paz, su alma  
ya que no lleve calma,  
la vengaré con tu vida.
- FERNANDO. Anton Perez, dices mal,  
juzgándome de tal guisa.  
Yo quiero tanto á Luisa  
como si fuera mi igual.  
Su honra siempre guardé.
- ANTON. ¡Mentira!
- FERNANDO. Si yo la adoro.
- ANTON. ¡Mentira!
- FERNANDO. Es mi tesoro.
- ANTON. ¡Mentira!
- FERNANDO. No miento á fe.  
Me insultas y... nada digo;  
ya ves si á tu hija quiero.
- ANTON. ¡Villano!... ¡mal caballero!
- FERNANDO. ¡Anciano!
- ANTON. No me desdigo.  
Tienes ganas de vivir  
y el miedo así te hace hablar:  
si no lo hubiste á robar,  
¿por qué tienes á morir?
- FERNANDO. ¡Anten!...
- ANTON. Si; matarte quiero.  
¿No lo comprendes?
- FERNANDO. (*Conteniéndose apenas.*) ¡Anciano!
- ANTON. ¡Cobarde!...
- FERNANDO. (*Con esplosion lleva la mano á la empuñadura  
de su espada, pero conteniéndose despues, dice con acento  
despreciativo dando un paso hácia la puerta de la dere-  
cha.*) ¡Oh!... A un villano  
honrará mucho mi acero.
- (*Anton Perez queda algunos momentos como aturdido por  
aquellas palabras; despues de haber pronunciado los  
dos primeros versos que siguen, tira la espada, saca el  
puñal y se lanza sobre Fernando.*)
- ANTON. ¡Villano dice! ¿Esto mas?  
¿Villano dijiste?
- FERNANDO. (*Volviéndose al sentirse cogido.*) Sí.
- ANTON. Muerte villana tendrás.
- (*Al ir Anton Perez á herir á Fernando, se abren las dos  
puertas de la derecha, y en la segunda aparece Clara,  
que se detiene en ella; en la primera Luisa y el Conde.  
Luisa ve la situacion, lánzase sobre ellos, separa á Fer-  
nando y lo escuda con su cuerpo. Todo esto muy rápido.  
El Conde permanece en la puerta.*)

CLARA. ¡Oh!  
LUISA. ¡Padre! ¡mátame á mí!

ESCENA VII.

DICHOS, LUISA, CLARA y el CONDE.

ANTON. ¡Hija!...  
FERNANDO. ¡Luisa!... Dile tú  
si mi alma no te adora;  
dile si no estoy dispuesto  
á que seas tú mi esposa.  
No me creyó.

CONDE. (¿Qué escuché?  
Todo mi plan se trastorna.)

ANTON. Habla, Luisa, ¿es eso cierto?  
¿habló con verdad su boca?

LUISA. Padre...

CONDE. (*Rápidamente á Luisa, pasando por detrás de  
Fernando á colocarse junto á ella.*) ¿Del comunero  
no tendrás piedad ahora?

LUISA. ¡Oh!

FERNANDO. ¿Qué te sucede, Luisa?  
Yo de la regia persona  
solicitaré el amparo;  
la llama que me devora  
he de confesarle al rey,  
y haré deshaga una boda  
que mi pecho la rechaza  
porque otro amor le acongoja.

CLARA. (¡Ingrato, y yo le adoraba!)

FERNANDO. Di á tu padre que ha un hora  
eso mismo te decia.

ANTON. ¡Luisa!...

LUISA. (¡Mare y señora,  
acórreme en este trance,  
si el alma el dolor ahoga!...)

FERNANDO. ¿Qué tienes?

ANTON. ¿Era mentira  
cuanto ese hombre?...

LUISA. (*No pudiendo resistir mas.*) Non.

CONDE. (*Dirigiendo su vista á la puerta del fondo.*)  
¡Hola!....

LUISA. (*Bajo al conde.*) ¡Piedad!

CONDE. (*Id. á ella.*) Habla.

FERNANDO. ¿Qué tienes?

ANTON. ¿No respondes, di?

CONDE. Tú sola  
puedes salvarle ó.....

LUISA. ¡Callad!

(*En toda la escena debe notarse la lucha que sufre Luisa. Hay momentos en que quiere hablar, pero el acento del Conde la aterra. Las palabras que este le dice deben pronunciarse sin moverse el personaje. Están colocados Luisa y el Conde en medio, Anton Perez á la derecha y Fernando á la izquierda; Clara permanece en la puerta de la derecha.*)

CONDE. Esta escena se prolonga  
y.....

LUISA Padre, yo... non le quiero.

FERNANDO. ¡Luisa!...

CLARA. ¿Qué dice?

LUISA. (¡Ay! loca  
me volverá este dolor.)

ANTON. ¿Que no le quieres?

FERNANDO. Si ahora  
poco digiste.....

LUISA. Mentia.  
Non te quiero..... la tu boda  
non rompas con D.<sup>a</sup> Clara.....  
Amor mentí .. mas agora  
non te miento.

FERNANDO. ¡Luisa! ¡Luisa!  
¿Así mi pecho destrozas?

LUISA. ¡Fernando!.....

CONDE. Calla.

LUISA. Non te quiero (*Reponiéndose.*)

ANTON. Sella esa lengua traidora;  
la villana fementida  
que prefiere la deshonra  
al nombre que la ennoblece...

LUISA. ¡Padre!

ANTON. Nunca tu boca  
pronuncie esa palabra.  
¿No le quieres? (*Vacilacion de Luisa.*)

CONDE. (*A Luisa.*) Su persona  
solo tú puedes salvar.

LUISA. Le engañé.

FERNANDO. (Y por ella dobla  
el corazon sus latidos.)

LUISA. ¡Padre!

ANTON. De tu labio borra  
esa palabra: mi hija  
ha muerto.

LUISA. ¡Padre!

ANTON. Esa boda

- acepta y serás honrada.  
LUISA. Non puedo non.  
ANTON. ¿Y mi honra?  
LUISA. (¡Mare santa, non mas puedo!)  
Sí, hablaré: padre...  
CONDE. ¡Hola!  
¡Aquí los mis escuderos!  
ANTON. ¡Maldita  
sea la que mis canas deshonra!  
(*En este momento Luisa corre hácia su padre, pero el Conde la detiene y la señala á los escuderos que hay en la puerta. Luisa quiere hablar y no puede; se ahoga, hace esfuerzos, su padre se aleja de ella, hasta que por fin cae en brazos del Conde significando que no puede hablar.*)  
LUISA. ¡Ah!.. .. ¡Ah!  
CONDE. ¿Vés?  
FERNANDO. ¡Luisa!  
ANTON. ¡Cielos!  
CLARA. (*Aproximándose á Luisa.*) ¡Dios mio!  
ANTON. (*Aproximándose á su hija, que cae desmayada en brazos del Conde.*)  
¡Cielos!  
CONDE. (Hice su boda.)

CAE EL TELON.

---

---

## ACTO TERCERO.



País montañoso. A la derecha puerta con una parra y asientos al lado de ella; un poco á la izquierda, en segundo término, un árbol con asiento al pié. Sobre las rocas, en tercer término, una meseta formada por ellas mismas, desde la cual se descubre todo el camino.

### ESCENA I.

CLARA y JUANA *saliendo por la puerta de la casa.*

- JUANA. Resolución admirable,  
señora, pues ya lo creo;  
si D. Fernando os desdeña,  
pagadle vos con desprecio.  
¡Pues no faltaba otra cosa!
- CLARA. Juana, no sé lo que siento:  
antes de saber quién era  
estaba yo sin sosiego.  
Durmiendo, con él soñaba;  
despierta, le estaba viendo;  
mi alma anhelaba oírle;  
él era mi pensamiento,  
y suyos tan solo eran  
los latidos de mi pecho.  
Volvíle á ver, y á la par  
que conocí al caballero,  
supe que á otra adoraba  
con un amor tan inmenso,  
que nunca esperar debiera  
que á mi pasión diese el premio.
- JUANA. Recordad que bien os dije,  
antes de saber yo eso,  
que olvidárais á aquel hombre

- CLARA. como se olviden los sueños.  
Yo no sé cómo explicarme  
el cambio que experimento;  
á otras oí que su amor  
se irrita mas con los celos;  
pero el mio, por el contrario,  
herido de ese desprecio  
sintiólo en el primer dia;  
he llorado algun momento,  
pero despues, orgullosa  
y altiva, alcéme de nuevo;  
ahogué mi pasion naciente,  
y opuse rostro severo  
al que en un tiempo queria  
mostrársele muy risueño.  
Aborrecí á esa aldeana,  
y ya me arrepiento de ello;  
hoy me conduele su estado,  
y aunque á Fernando contemplo  
hacer extremos por ella,  
no me hieren sus extremos;  
no me son indiferentes,  
pero tanto no los siento.
- JUANA. Que me place el escucharos  
hablar así; ya lo creo,  
si no era grande el amor  
¿no habia de tener remedio?
- CLARA. Me disgusta ver á Luisa  
en ese estado, y deseo  
vuelva á recobrar la voz.
- JUANA. El doctor dijo ahora mesmo  
que eso no era muy fácil.
- CLARA. ¡Pobre Luisa! cuánto siento.....
- JUANA. ¿Y sabe ya el Sr. Conde  
todo lo que habeis resuelto?
- CLARA. No me he atrevido á decirselo.
- JUANA. ¡Se va á poner!... ¡santo cielo!...  
no quisiera hallarme cerca;  
él que tenia tal empeño  
en celebrar esa union.
- CLARA. ¿Sabes cuál es su deseo?  
yo lo llegué á adivinar  
porque le observo hace tiempo.  
Mientras estuvo en la corte  
fué su gasto tan tremendo,  
que no solo empeñó sus rentas  
en sus locos devaneos,  
sino que gastó mi dote  
y el de Fernando. Mendo,

el mayordomo, me ha dicho mucho de cuanto refiero.

Casándonos á los dos ninguno le pediremos cuentas, pero en otro caso hallábase en grave aprieto.

JUANA. Ahora lo comprendo todo. Pues mucho mas ahora temo. No va á querer consentir de su plan el desarreglo.

CLARA. Ha de consentir por fuerza.

JUANA. Decidme una cosa os ruego, aunque no tiene que ver con lo que decis.

CLARA. ¿Qué es ello?

JUANA. ¿Por qué negó la serrana su amor á.....?

CLARA. No te puedo contestar, pues no lo sé; hay en eso algun misterio que ni puedo adivinar, ni es muy fácil el saberlo mientras ella no lo diga.

JUANA. Y de eso se halla tan lejos...  
(*Mirando hácia la casa.*)

Aqui viene.

CLARA. Como siempre subirá por esos cerros para sentarse en la roca, donde pasa tanto tiempo.

JUANA. Pues, esperando á su amante.  
¡Y qué furioso está el viejo!  
Si á ver llega á D. Fernando.....

CLARA. Cállate.

JUANA. Mi labio sello.

(*Sale Luisa por la puerta de la casa; en todos sus movimientos debe advertirse el dolor que experimenta. Cuanto tiene que significar Luisa por medio de ademanes, lo ponemos en prosa á fin de que la actriz que desempeñe su papel pueda comprenderlo mejor. Al salir pasea sus miradas por la escena y al ver á Clara trata de alejarse, pero despues se aproxima á ella.*)

## ESCENA II.

DICHAS y LUISA.

CLARA. ¿Dónde vas, hermana mia?  
Parece que huyes de mi!

- LUISA. *No huyo, salía á pasear un momento y no creía encontrarte aquí.*
- JUANA. (No es eso lo que sentía.)  
(A Clara.) *Viéndoos debe sufrir.*
- CLARA. *¿Cómo te encuentras, hermana?*
- LUISA. *Estoy lo mismo, no es posible que adelante nada.*
- CLARA. *¿Qué siempre estarás así?  
No pienses de esa manera.*
- LUISA. *Tengo el corazón herido, y la pérdida de mi voz es una consecuencia del pesar que me destroza.*
- JUANA. *Ella lo confiesa al fin;  
su dolor ahogó la voz  
en su garganta. ¡Ay de mí!  
si yo supiera que amores  
tal me dieran que sentir,  
no deseara amar nunca.*
- CLARA. *Esplicame, Luisa, di,  
¿por qué negar que á Fernando  
amabas con frenesí?  
Te lo he preguntado siempre,  
y no me lo quieres decir.*
- LUISA. *No puede ser.*
- CLARA. *¿Y por qué no puede ser?*
- LUISA. *No te canses, es imposible que te lo diga; sobre mi voluntad hay un poder que me obliga á callar.*
- JUANA. *¿No digo? misterio hay aquí.*
- CLARA. *¿Tú la comprendiste, Juana?*
- JUANA. *Algo pude traslucir;  
aunque nunca muda he sido  
ni con mudos me entendí,  
páreceme que os ha dicho  
que nada os puede decir;  
que teme no sé qué cosa,  
pueden descubrirla y...  
Yo no sé si eso habrá dicho,  
mas.....*
- CLARA. *Eso mismo entendí.*
- JUANA. *Cuando os dije que hay misterio.....*
- CLARA. *¿Y no lo he de descubrir?  
Vamos, habla con franqueza;  
¿no tienes confianza en mí?  
Descúbreme los motivos  
que tienes para sufrir.*
- LUISA. *No puedo, no me preguntes nada, pues si te lo confesara quizá costase la vida á mi pobre padre; yo soy la que sufro, ¿pero qué importa?*



JUANA.

Entendisteis.

CLARA.

Te aseguro  
que no sé que presumir.  
Me parece que he entendido  
que si eso digera á mí,  
costara la vida á alguien  
y..... ¿no poder definir  
lo que ese misterio sea?...

JUANA.

(*Mirando hácia la izquierda.*)

El conde viene hácia aquí.

(*Movimiento de espanto en Luisa.*)

(*A Clara.*)

¿Visteis qué efecto la hace?

CLARA.

Ya lo he visto, ya.

JUANA.

Es sin

duda el conde la causa

de su...

CLARA.

(*Viendo que Luisa hace un movimiento para marcharse.*)

¿Luisa, te marchas? di.

LUISA.

(*Ya lo ves.*)

CLARA.

¿No quieres estar conmigo?

LUISA.

*No es eso; contigo me estaría porque te quiero, pero la presencia de ese hombre me es insoportable, me hace daño.*

JUANA.

Bien claro lo dijo al fin;

la presencia del señor

diz que no puede sufrir.

LUISA.

*Adios; me marchó sobre esas rocas.*

CLARA.

Pero ¿qué placer encuentras  
pasando tu tiempo ahí?

LUISA.

*Contemplo el cielo, y ahí en medio de esa soledad pido á Dios que me preste el consuelo que necesita mi corazón. (Sube por las montañas y vá á sentarse en las rocas.)*

CLARA.

¡Pobre Luisa!

JUANA.

El Sr. Conde.

CLARA.

Vete.

JUANA.

¿Le vais á decir...?

CLARA.

Sí.

JUANA.

Reparad....

CLARA.

Márchate;

déjame con él aquí.

(*Váse Juana por la puerta de la derecha.*)

ESCENA III.

CLARA y el CONDE, que sale por la izquierda cuando lo indique el diálogo, seguido de sus escuderos, que desaparecen por la derecha.

CLARA. Quiero hablarle de una vez  
y sepa mi voluntad.  
Si á su interés le conviene  
esta union verificar  
yo la rechazo; no quiero  
casarme con un galán  
que enamorado de otra,  
en mí no podrá mirar  
mas que un obstáculo siempre;  
soy altiva por demás  
y no aspiro á una coyunda  
en que nunca he de gozar.

CONDE. *(Saliendo por la izquierda.)*  
Clara.

CLARA. ¿Aquí mi tutor?

CONDE. Sí; que te viene á buscar.  
Accediendo á tu deseo,  
te he permitido estar mas  
tiempo del que convinimos  
en aquesta casa.

CLARA. El mal  
de Luisa no se mitiga.

CONDE. Ni nada lo aliviará.  
¿Piensas estar aquí siempre?  
¿La vas acaso á aliviar?  
Fernando se desespera,  
y al contemplarle yo tan  
aburrido, dije ayer:  
«yo voy á Clara á buscar  
y de aquí á muy pocos dias  
tu esposa la llamarás.»  
Con que así prepárate.

CLARA. Dignaos, señor, perdonar  
si no me allano á cumplir  
lo pactado. Dispensad,  
yo no puedo ser la esposa  
de Fernando; por demás  
sabeis si tengo motivos.

CONDE. ¿Esos amores?... ¡Bah, bah!  
Amores irrealizables  
con el tiempo olvidará.

CLARA. No opino de esa manera.

CONDE. Mi sobrino ha de acatar  
mis preceptos y.....

CLARA. Por eso  
mi pecho rechazará  
union en que entra el mandato  
y en nada la voluntad.  
Por Fernando sufre y llora  
esa infeliz, y privar  
no me agrada de ventura  
á quien sin ventura está.  
Fernando, aunque vos digais  
que ansia el nudo conyugal  
conmigo, no puede ser ;  
ama á Luisa, y es pensar  
irrealizables quimeras  
creer que la olvidará:  
yo tambien tengo mi orgullo,  
y nunca podré aceptar  
un esposo de limosna  
y un cariño desleal.  
Esta es mi resolucion;  
si os ofende.....

CONDE. Basta ya.  
Sabeis que tengo derechos  
que no basta á derrocar  
ni el amor de ese bergante,  
ni vuestro insensato afan.  
El rey los ha sancionado.

CLARA. Y ¿quién me puede obligar  
á que acepte una coyunda  
que siempre rechazará  
mi alma ?

CONDE. Yo estoy resuelto,  
y nada me hará mudar  
de idea.

CLARA. Lo mismo yo.

CONDE. Ahora mismo te vendrás  
conmigo.

CLARA. Mas no á casarme;  
lo digo sin vacilar.

CONDE. Y yo á mi vez te aseguro  
que á esa union asentirás,  
porque yo así lo he dispuesto.

CLARA. Lo dispusisteis muy mal.

CONDE. Disponte pues á seguirme.

CLARA. No os he de hacer esperar.

(*Váse Clara por la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

*El CONDE, LUISA, despues ANTON PEREZ.*

CONDE. (*Sentándose delante del árbol.*)  
Parece se ha conjurado  
el infierno en contra mia.  
¿No llegará nunca el dia  
de ese enlace deseado?  
¡Oh!... sí, sí, ha de llegar;  
lo necesito, lo quiero,  
antes de todos, primero  
de salvarme he de tratar.  
Si Clara amase á otro hombre  
y cuentas pide Fernando....  
Aunque se casen llorando  
se han de casar por mi nombre.  
Si ella no quiere, mejor;  
si el ama á Luisa, sabré  
vencerla. Yo mataré .  
y así morirá su amor.

(*Luisa, despues de haber permanecido mirando hácia la izquierda durante la anterior escena, triste y desconsolada se dirige hácia la casa sin reparar en el Conde. Cuando este la habla se retrata en su rostro el temor y la angustia; y esta se hace mas perceptible cuando sale su padre, á quien se abraza como tratando de defender.*)

¿Estás ya dispuesta, Clara?  
¡Ah!... ¿que eres tú? ¿Te sorprende  
mi visita?... No me entiende.  
Y no está buena. ¡Qué cara  
tiene!

ANTON. (*Dentro*) Luisa. (*Movimiento de ansiedad en*  
CONDE. Anton... ¿No vas? *Luisa.*)

Está asustada y temblando.  
¿No escuchas? Te están llamando.

ANTON. (*Saliendo por la puerta de la derecha.*)  
Pero, Luisa, ¿en dónde estás?  
¡Señor Conde!... ya he sabido  
por D.<sup>a</sup> Clara...

CONDE. Si, vengo  
á llevármela; no tengo  
mas objeto.

ANTON. Seais bien venido.

Luisa, ¿qué te sucede?  
¿A qué viene ese temor?  
(*Luisa se abraza con él.*)

¡Y tiembblas!... Mirad, señor,

en nada su pena cede.  
Ya veis lo que agradecer  
puedo yo á vuestro sobrino;  
si lo encuentro en mi camino...

(*Abraza Luisa á Anton Perez, significándole su dolor y diciéndole que cualquier cosa que contra él hiciera ella lo sentiría mucho mas.*)

No ; no le quisiera ver.

CONDE. Pero si ella no le quiere;  
ya oíste cuál contestó.

(*Al escuchar Luisa estas palabras se adelanta hácia el Conde, como queriendo decirle que él mismo sabe si ella ama á Fernando; pero como recordando instantáneamente la amenaza que la hizo, tras de algunos sonidos inarticulados se deja caer en los brazos de su padre.*)

ANTON. Si Luisa su amor negó,  
fué por orgullo.

CONDE. Prefiere  
entonces su desventura,  
á un amor que la honraria.

ANTON. (*Con dignidad.*) Para honra, tiene la mia;  
no mendiga una ternura  
que por compasion quizá  
vuestro sobrino la diera.

Mi hija nada pidiera;  
harto que sufrir tendrá.  
Que se case D. Fernando.

CONDE. Para eso me llevo á Clara.

(*Movimiento de Luisa significando el dolor, la sorpresa y la incredulidad. Dice que no puede ser que Fernando se case con Clara.*)

¿Qué dice?

ANTON. Que si la amara,  
y en su amor solo pensando  
estuviese, no asintiera  
á esa union.

CONDE. Lo mando yo.

ANTON. Y ¿vos sabeis?... no, no,  
eso fuera villanía.  
En el cerco de Granada  
yo vuestra vida salvé;  
me ofrecísteis vuestra fé  
y desde entonces...

CONDE. Guardada  
fielmente la he conservado.

ANTON. Lo que ahora poco dijísteis  
prueba que os arrepentísteis  
de la amistad del soldado.  
Que viendo á su hija morir,

y pudiéndola salvar,  
á él le quereis matar,  
y á ella impedís vivir.  
No hagais esa buena accion  
que pobres no merecemos;  
los villanos las hacemos  
sin esperar galardón.

Para salvaros no ví  
la nobleza que ostentais;  
vos, señor, sí la mirais  
al ir á salvarme á mi.

*(Movimiento del Conde.)*

No discutamos por Dios  
sobre cuestion de blasones:  
el mio son mis acciones;  
no quiero ver el de vos,

CONDE. Anton, me juzgásteis mal;  
yo consiento en esa union.

ANTON. ¿De veras?

*(Luisa con alegría se aproxima al Conde, como interrogándole; este rápidamente la dice lo que sigue. Al escucharlo Luisa espresa el dolor.)*

CONDE. Tu padre muere.

*(A Anton.)* Pero si ella no le quiere.

*(Movimiento significativo de Luisa indicando que es cierto lo que dice el Conde.)*

*(Anton, que la ha estado mirando, hace un movimiento por el que manifiesta no comprenderlo. El Conde con indiferencia.)*

ANTON. No comprendo la razon.  
Señor Conde, perdonad,  
que D. Fernando se case,  
mas... que por aquí no pase  
pues...

CONDE. ¿Qué dices?

ANTON. ¡Callad,  
tengo el pecho destrozado.  
Pasad adentro un instante.

CONDE. Yo quisiera ..

ANTON. *(Al Conde con respeto.)* Id delante.

No tiene alivio mi estado.

*(Vánse por la puerta de la derecha.)*

## ESCENA V.

FERNANDO y PEDRO, que bajan por la montaña.

PEDRO. Señor, ya non puedo mas.

FERNANDO. Anda, que ahora comienzas ;

para purgar lo que has hecho  
requieres gran penitencia.

PEDRO. Pecadicos non he fecho,  
é si los fice, non era  
mia la culpa; el señor  
cargue con toda la pena.

FERNANDO. Calla y prosigue, bergante.

PEDRO. Si non moviere la llengua  
non pudiera caminar;  
lleváisme la delantera  
é non vos puedo seguir.

FERNANDO. Si cual bueno procedieras,  
ni sufriera el alma mia  
ni mi Luisa padeciera.

PEDRO. (Reniego de la serrana,  
del Amor y la su abuela  
Doña Venus, que seria  
fembra muy andariega.)

FERNANDO. (*Mirando la casa de Anton y escuchando en la  
puerta.*)

Si yo pudiera avisarla...

PEDRO. (*Sentándose en el banco que hay al pié del ár-  
bol.*)

¡Qué dicha si uno se sienta  
cuando se encuentra cansado  
é andar non place á las piernas!  
Luego diz que Don Cupido  
es ciego é causa cegueras.

Yo digo que él era cojo  
é á mí me dona cojera.

Pero, señor, si no amando  
todos me traen é me llevan;  
é un rempujon me da el uno,  
é el otro un tiron de orejas,  
é furibundos me miran,

é ansina mi pecho arredran  
como arredran á un jabato  
los canes que le rodean;  
amando yo, ¿qué seria?

Magüer que de amor me muera,  
non dirélo á la villana  
que él mi fuego produjera,  
pues érame igual que dir,  
facer de mi cuanto quieran,  
que el home que se enamora  
meresce tal penitencia  
por la su culpa.

FERNANDO. Pedro, Pedro.

PEDRO. (De nuevo á tronar comienza.)

¿Llamais, señor?

FERNANDO. ¿No lo oíste?

PEDRO. (Fuerte va á ser la tormenta.)

FERNANDO. ¿No me dijiste que el Conde te mandó venir á esta casa, y hablar con Luisa sin que ninguno te viera, y entraste sin ver á nadie y sin escitar sospechas?..

PEDRO. Ya lo creo; el señor Conde amenazóme de veras que si así non lo hacía las mis nalgas me rompiera; é por non verlas rompidas, el miedo prestóme fuerzas. Por eso mismo sabeis todo lo que aquí ficiera; me dísteis una puñada (*Movimiento de Fernando.*) con tal dulzura en aquesta espalda... que en el momento callar non pudo mi lengua. ¡Tenedes tal compostura para exigir!...

FERNANDO. Vamos, cesa de hablar tantas necedades.

PEDRO. ¡Necedades, y deshechas dejóme las mis costillas!..)

FERNANDO. No murmures mas simplezas. Vas á entrar en esa casa y á Luisa di que la espera enamorado y rendido el hombre de quien reniega: que salga pronto.

PEDRO. ¡Señor!...  
¿fablais, mi señor, de veras?  
Chancerico vos estades al donarme esa encomienda.

FERNANDO. (*Dándole un puñetazo.*)  
Mira si es chanza.

PEDRO. No es chanza, que súpome muy de veras.

FERNANDO. ¿Entendiste lo que quiero?

PEDRO. Sentílo, que es cosa mesma.

FERNANDO. Pues vé pronto y sal mas listo.

PEDRO. Lo faré con gran presteza.  
(Si non, moliérame á golpes los pocos huesos que restan.)

(*Pedro entra con precaucion por la puerta de la derecha.*)



FERNANDO. No comprendí todavía  
aquella terrible escena;  
las palabras que me dijo  
aun en mi oído resuenan.  
Decirme que fué un engaño  
su amor... ¡Ay! ¡quién lo creyera  
cuando su voz tan querida  
ahogaba su misma pena!...  
He venido varias veces  
con la esperanza de verla,  
porque entreveo un misterio,  
el cual mi mente no acierta  
á definir...

PEDRO. (*Saliendo por la puerta de la derecha.*) ¡Válame  
san Blas y santa Quiteria,  
abogados de gargantas,  
é de espaldas, é de piernas!  
Vamos de aquí, don Fernando;  
huyamos de aquesas puertas;  
catad que de toda guisa  
cien mil peligros nos cercan.

FERNANDO. ¿Acabarás de explicarte?  
Vamos, di pronto, habieca.

PEDRO. Non puedo, si la mi ropa  
del mi cuerpo se despega.  
Figurádvos que al entrar  
adentro de esa vivienda,  
caigo de manos á boca  
entre una media docena  
de escuderos del su tío.

FERNANDO. ¡El conde!...

PEDRO. En persona mesma.  
Por ahí dentro lo teneis.  
Catad si para mi pena  
habráse motivo grande:  
si me coje, me desuella  
cual diz que á un santo, judío,  
otro tanto le ficieran.  
Para vos solo habrá voces,  
mas para mí ha de haber leña,  
é leña de tal primor  
é por manos tan perversas,  
que la mi piel dejarán  
para cuero de correas.

FERNANDO. (*Pensativo.*)  
¡El conde ha venido aquí!...  
¿Qué traerá por estas tierras?  
No me anuncia en este sitio  
nada bueno su presencia.

- PEDRO. ¿Escucháisme, don Fernando?
- FERNANDO. Aparta, tu labic sella;  
¿para qué me importa á mí  
tu cuerpo, ni tu pelleja?
- PEDRO. ¡Zambomba!... ¡Mare del cielo!  
Si á vos non, para mí es prenda  
que non pudiendo mudar,  
debo yo mucho quererla.  
Membrad que por vos serviros  
la espuse de esa manera.
- FERNANDO. Escucha, Pedro, ya sabes  
que en la corte, Gil de Mesa  
se ocupa en pedir al rey  
me otorgue su real licencia  
para que anule mi enlace  
con doña Clara, y conceda  
gracia porque pueda unirme  
con Luisa.
- PEDRO. Non sé qué tenga  
que ver...
- FERNANDO. Espero que hoy  
quizá recibir ya pueda  
esa nueva venturosa,  
que tanto mi alma desea.  
Por eso quiero que tú  
te adelantes por la sierra,  
á ver si por el camino  
al mensagero te encuentras.  
Y corre, Pedro, adelanta  
la noticia cuanto puedas,  
que no sé por qué presiento  
me ha de hacer falta. Vuela.
- PEDRO. Bueno es eso para dicho,  
facerlo es cosa mas negra,  
cuando está el cuerpo cansado  
de correr por esas breñas.
- FERNANDO. Entre cansarte por ahí,  
ó que á puñadas te muela,  
puedes elegir, bergante.
- PEDRO. ¿Quién duda?.. por esas peñas  
iré, magüer me reviente.
- FERNANDO. Però corre con presteza,  
y si hallas al mensagero...
- PEDRO. Tornaréme acá sin tregua,  
que estando vos de alegrías  
non habrá para mí penas.
- FERNANDO. Corre, corre.
- PEDRO. Don Amor,  
sois muy sandio de mollera,

si faceis que los mortales  
por vuestro aguijon la pierdan.  
(*Váse Pedro por la montaña.*)

ESCENA VI.

FERNANDO *y despues* LUISA.

FERNANDO. ¿Qué habrá podido traer  
al conde por estos sitios?  
Ayer le espliqué bien claro  
todo el pensamiento mio.  
He comprendido que Luisa,  
cuando todo aquello dijo,  
su corazon no afirmaba  
lo que hablara el lábio impío.  
Una fuerza misteriosa,  
incomprensible, la hizo  
negarme que me queria....  
Conocerla necesito;  
pero si no puede hablar...  
Que me dé solo un indicio  
y descubriré del todo  
lo que ahora no adivino.

(*Aparece Luisa en la puerta de la casa. Fernando corre hácia ella. En el momento de verte, el primer movimiento de la jóven es de alegría, pero despues retrocede llena de dolor. Medítese un poco esta escena, pues son demasiado rápidos todos los cambios de sensaciones y solo dependen de la actriz.*)

¡Luisa!... ¡Luisa!...

(*Luisa espresa el placer y tiende los brazos hácia Fernando: despues retrocede llevándose entrambas manos al pecho y mirando con inquietud hácia la casa.*)

FERNANDO. ¡Por piedad,  
no mates con tu desvío  
un corazon que tan solo  
viviera por tu cariño!

(*Luisa le indica que se retire, que se aleje, pues ella no puede amarle.*)

FERNANDO. No digas que no me amas;  
tu lábio mintió al decirlo.  
No me digas que me aleje  
del lugar donde respiro.  
Habla, Luisa, ¿por qué ingrata  
desdeñas el amor mio?  
¿Qué causa, qué fué lo que hubo  
que á eso diera motivo?  
Esprésmelo, mi vida.

¿No ves que sin alma existo?

*(Luisa vacila durante un breve espacio, pero despues significa que no la pregunte mas, que aumentan su pesar aquellas palabras, para las que no puede tener respuesta.)*

FERNANDO. ¿Que nada mas te pregunte?

¿y fui de tal pago digno?

Un dia ví una serrana  
cuyo semblante divino  
ocultaba un alma fria  
cual la peña de estos riscos.

Yo la adoré con locura,  
y ante sus plantas rendido,  
la pedí que me aceptara  
la ofrenda de mi cariño.

Ella mintióme su amor;  
entreguéla todo el mio;  
renegué hasta de mi nombre;

ella jugó á su capricho;  
y cuando el alma abrasada  
arrostrar por todo quiso

para unirse á la que amaba  
con ardiente desvario,  
la rechaza desdeñosa.

la condena á cruel martirio,  
y en pago de amor tan grande  
le dá mayores desvios.

¿Por qué para tanto daño  
mintió el lábio fementido,  
un amor que una existencia  
entre dolores deshizo?...

La mujer que amor no siente,  
no debiera haber nacido.

*(Luisa durante todo este parlamento ha significado las emociones que experimenta. Al terminar Fernando se lanza á él; incapaz de contenerse mas, vá á decirle que le quiere, que no le ha engañado; pero recordando de súbito la amenaza del Conde, se lleva las manos á los ojos para no ver á Fernando.)*

FERNANDO. ¡Luisa! habla por piedad.

¡Esa emocion!... ¡no concibo!...

¿Qué misterio sella un lábio  
que tantos amores dijo?

Esplicame ese misterio;  
ese arcano no descifro,  
y el corazon me destrozas.

*(Luisa le significa que no puede, que ella muere escuchándole.)*

FERNANDO. ¡Nada!... ¡Dios mio!... ¡Dios mio!...

¿por qué para ir al infierno  
me mostraste el paraíso?  
Te obstinas en tu silencio,  
no te duele mi martirio;  
reniego de tu pasión,  
reniego de tu cariño;  
antes que tu amor pedirte  
debí de matarme el mío.

(Luisa, al ver que hace un movimiento para marcharse corre á él deshecha en llanto; quiere hablar, quiere decirle que le ama, pero se oye la voz de Anton Perez llamándola; entonces se detiene, recuerda que él está en peligro, y se separa bruscamente significándole el profundo dolor que la hiere, y entra en la casa.)

ANTON. (Dentro.) Luisa.

FERNANDO. (A Luisa con sorpresa.)

¡Habla! ¿Qué?... ¡Cielos!...  
al ir á hablarme se ha ido;  
oyó la voz de su padre  
y... No hay duda, yo necesito  
saber lo que aquí sucede,  
y he de saberlo ahora mismo.

### ESCENA VII.

FERNANDO y PEDRO que aparece en la montaña con un pliego en la mano.

PEDRO. Señor, señor, los papeles.  
¿Non me escuchais, D. Fernando?  
(Qué paga donan al home  
que por servirles.....)

(Baja Pedro al proscenio y se acerca á Fernando dándole el pliego.)

Vos traigo  
los papeles que pedisteis.  
He cumplido vuestro encargo.

FERNANDO. (Cogiendo el pliego y leyendo.)  
¿A ver? ¡Gracias, Dios mío!  
Mi matrimonio anulado  
por el rey.  
(Se dirige hácia la casa.)

Luisa, Luisa.

PEDRO. (Deteniéndole.)  
Cumpliendo vuestro mandato  
corri por esos breñales.

FERNANDO. Calla, bergante.

PEDRO. Si fablo  
es porque aina me duelen

los tropezones que he dado.  
Al escudero topéme ;  
cual me digisteis le parlo ,  
y el vos haciendo medida  
me dona el pliego cerrado,  
é yo me vine corriendo  
porque por ahí pregonando  
non sé qué cosa del rey  
va un merino con soldados  
é alguaciles.

FERNANDO. (*Con sorpresa.*) ¡Un merino !

PEDRO. Si tal , escuchélo al paso ,  
es cosa de comuneros.

FERNANDO. ¿Y á mí qué me importa ? Vamos.  
(*Dirigiéndose á la casa.*)

Luisa.

PEDRO. ¡Vaya una paga !  
despues de lo que le traigo.)

(*Va Fernando á entrar en la casa á tiempo que aparece  
Anton con la espada ceñida, en la puerta.*)

## ESCENA VIII.

DICHOS y ANTON.

ANTON. ¿Llamábais ?

FERNANDO. ¡Anton !

ANTON. ¡Atrás !

De vos á mí , caballero ,  
la distancia del acero  
debe haber solo.

FERNANDO. Jamás.

ANTON. Teneis razon , por mi vida. (*Con amarga  
[ironía.]*)  
Dijisteis que era villano....

á no tenerme la mano  
fuera por vos homicida.  
Como noble blasonais  
y como vil procedeis ;  
á ser noble aprendereis  
del mismo á quien deshonrais.

FERNANDO. Anton , el dolor os ciega  
y á mí me mata el dolor ;  
aquí buscando su amor  
el alma afanosa llega.

¿Por qué recibirme así  
cuando tan herido vengo ?

ANTON. Aquí yo una herida tengo (*Señal. al pecho.*)  
y no en vuestra busca fui.  
Quise mataros un dia

y mi ventura maté...

*(Haciendo esfuerzos para contenerse.)*

Marcharos de aquí, porque  
mas se enciende la ira mia.

A pesar de cuanto allí  
dijo mi Luisa, os adora;  
por vuestro amor sufre y llora,  
por su orgullo hablara así.  
Vos sois noble, ella villana;  
ya que un daño la habeis hecho,  
dejad que lllore su pecho  
de su amor la pena insana.  
No insulteis su desconsuelo  
ni mi dolor insulteis;  
idos, y no recordeis  
que causásteis nuestro duelo.

FERNANDO. No me arrojéis de la sierra;  
por Luisa he venido yo;  
en todo cuanto ella habló  
algun misterio se encierra.

ANTON. El misterio es vuestro engaño;  
marchad, marcharos de aquí.

FERNANDO. Hablarme de engaño á mí  
es desconocer mi daño.

ANTON. No agoteis mas mi paciencia.

FERNANDO. Yo á mi Luisa quiero ver,  
quiero hablarla.

ANTON. No ha de ser  
mientras dure mi existencia.

FERNANDO. ¿No te mueve mi dolor?

ANTON. Me mueve su desventura.

FERNANDO. Yo la entregué mi ternura.

ANTON. Para robarle su amor.  
Es necia vuestra porfia.

FERNANDO. Tenaz vuestra oposicion.

ANTON. Tengo para ello razon.

FERNANDO. En verla tengo la mia.  
Déjame que pase, anciano.

ANTON. Aparta, mal caballero;  
antes que verla, primero  
la mataré por mi mano.

FERNANDO. Necesito verla.

ANTON. Atrás.  
No la has de ver.

FERNANDO. ¡Insensato!

ANTON. O me matas ó te mato;  
matándome la verás.

FERNANDO. ¡Ay de tí si yo me olvido...

ANTON. Olvidate, si lo anhelo.

FERNANDO. Déjame.

ANTON. No.

FERNANDO. ¡Santo cielo!  
hacer mas ya no he podido.  
¿Quieres dejarme pasar?

ANTON. Quiero matarte.

FERNANDO. ¡Anton!

ANTON. Ven si tienes corazon. (*Pegándole con el plano de la espada.*)

FERNANDO. ¡Oh!... ese ultraje has de pagar.

## ESCENA IX.

DICHOS y LUISA.

(*Cruzan las espadas. En este momento Luisa aparece en la puerta de la casa; se opera en su rostro la transformacion producida por distintas emociones. Va á lanzarse sobre su padre, pero este la rechaza y ataca con furor á Fernando. Corre a este, que la rechaza tambien. Quiere hablar y no puede. Toda esta situacion depende de la actriz. Por fin hace un esfuerzo y pronuncia la palabra Padre, precipitándose en medio de ellos.*)

LUISA. ¡Ah!... ¡Ah!...

ANTON. Quiero tu vida.

LUISA. ¡Ah!...

ANTON. ¡Aparta de aquí!

FERNANDO. ¡Ella!...

LUISA. ¡Ah!...

ANTON. Vengaré su querella  
en tu sangre aborrecida.

LUISA. ¡Ah!... ¡Pa... Padre!

ANTON. ¡Hija mia! (*Soltando la espada y abrazándose á Luisa. Pausa ligera.*)

FERNANDO. ¡Luisa!...

ANTON. Habla.

LUISA. ¡Padre!

FERNANDO. (*Aproximándose á Anton respetuosamente.*)  
Tu mano.

ANTON. (*Despues de vacilar algunos momentos.*)  
Tomadla, no quiere el anciano  
turbar ahora su alegria.

(*Pedro aparece en la montaña con unos papeles en la mano.*)



ESCENA X.

DICHOS, EL CONDE, CLARA, JUANA y escuderos apareciendo en la puerta de la casa donde se detienen hasta que Fernando dice los dos versos siguientes :

FERNANDO. Luisa, el rey ha querido  
que pueda darte mi mano.

LUISA. ¡Oh!...

FERNANDO. Tío, venís muy bien. (*Viendo al conde.*)  
(*Presentándole los papeles.*)

Ved, el monarca ha anulado  
mi matrimonio con Clara.

CONDE. ¿Qué dices?

FERNANDO. Ved ; y otorgado  
á la vez su real licencia  
para unirme á Luisa.

PEDRO. (¡Malo!

El señor non bien lo toma...  
mis huesos huelen á cáñamo.)

CLARA. (*á Luisa.*) Ya eres dichosa.

FERNANDO. Y el cielo,

accediendo á ruegos tantos,  
y dolido de mi pena,  
de hacer acaba un milagro.  
Luisa ya no está muda.

LUISA. (*Abrazando á Clara.*)

¡Hermana!

CONDE. (¡Truenos y rayos!

Todo mi plan se destroza.)

¿Te casas?

FERNANDO. El rey lo ha aprobado.

CONDE. (*Aproximándose á Luisa sin que lo adviertan,*  
*mientras Fernando habla con Anton y Clara con Juana.*)

¿Accedes?...

LUISA. (*Suplicante.*) ¡Señor!...

CONDE. Silencio.

(*A los escuderos.*)

¡Hola!

LUISA. ¡Piedad!

CONDE. Del villano

Anton Perez, comunero  
que ha sido, apoderaos.

TODOS. ¡Oh!...

LUISA. ¡Piedad! ¡Padre!...

PEDRO. (¿Non dije

que meditaba algo malo?)

(*Aparecen en lo alto de la montaña un alcalde, rey de armas, alguaciles y soldados; suena un clarín; todos se vuelven*)

EL REY DE ARMAS. (*Leyendo*)

«Oid, oid el pregon que en nombre del señor Rey D. Carlos I, á cuantos pechan en los sus reinos, yo el su rey de armas os fago: Sabed que, deseoso el monarca de corresponder al favor que el cielo le ha dispensado otorgándole la su ayuda para vencer á sus enemigos, viene en otorgar el su perdon á cuantos mal aconsejados tomaron parte con el traidor Juan de Padilla en las pasadas revueltas; é ansi mesmo, será del su agrado que non se los persiga é que se los respete qual si nada hobiesen fecho. Dado en el su Alcázar de Valladolid, á 25 de abril de 1525.»

LUISA. ¡Padre mió!...

CONDE. (*Ap.*) Me ha vencido.

FERNANDO. Anton, os hallais en salvo.

LUISA. (*Al Conde.*) Vos perdono la mi cuita, magüer non perdonaros debiera.

CONDE. ¡Calla!...

CLARA. ¿Eres feliz?

LUISA. ¡Cómo non serlo si amo!

JUANA. ¡Ay! Pedro, ¿no os dá dentera?

PE德罗. El veros daráme asco.

FERNANDO. ¡Anton!...

LUISA. ¡Padre!...

ANTON. ¡Sed dichosos!

CLARA. (*Al Conde.*) Cuando os plazca...

CONDE. (*Despues de contemplar con cólera el grupo que forma Anton abrazando á Luisa y Fernando.*) Vamos, vamos.

ANTON. (*Al Conde.*) Id tranquilo, señor conde; aunque vengar vuestro daño debiera, id, os perdono; eso hacemos los villanos.

(*El Conde, Clara, Juana y escuderos se alejan mientras quédan en escena Anton, Fernando y Luisa.*)

## ESCENA ÚLTIMA.

ANTON, FERNANDO y LUISA.

ANTON. (*Atrayendo junto á si á Luisa y Fernando.*) Sed felices, hijos míos.

LUISA. ¡Oh! ¡mi padre! ¡mi Fernando!  
Non hay placer en la tierra

con que pueda compararlo ,  
la serrana que en un dia  
padre y esposo ha encontrado.

FERNANDO. ¡Mi serranica !

LUISA. ¡Mi caballero!

FERNANDO. ¡Bendita seas!

LUISA. Mare del cielo ,  
que ves mi gozo ,  
faz que el mi dueño  
siempre me quiera  
como le quiero.

¡Padre! ¡Fernando!

FERNANDO. Tuyo es mi anhelo.

ANTON. Dios os bendiga.

LUISA. A Dios primero.

(*Se arrodilla Luisa, quedando á sus lados Anton y Fer-*  
*nando.*)

CAE EL TELON.

---

Examinado este drama, no hallo incon-  
veniente en que su representacion se auto-  
rice.

Madrid 3 de febrero 1865.

EL CENSOR DE TEATROS,

**Narciso Serra.**





